

A romantic couple is shown in a close embrace. The man, on the left, has a beard and is wearing sunglasses and a blue and white striped button-down shirt. The woman, on the right, has blonde hair and is wearing a white lace-trimmed top. They are positioned in front of a scenic background featuring rolling hills with vibrant autumn foliage in shades of orange, red, and yellow. In the distance, a white church with a tall steeple and several red barns are visible under a clear sky.

Annabeth Berkley

ALAS DE
confianza

Alas de confianza (Edentown 10)

Alas de confianza

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

ISBN: 9798504335001

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño para todas las mamás.

«A quien amas dale alas para volar, raíces para volver y motivos para quedarse».
Dalai Lama.

Alas de confianza

Nora Reaves miraba orgullosa la fachada de la casa que había comprado en Edentown. Tenía toda la confianza y la ilusión puesta en su nuevo hogar y en la reciente oportunidad que se había dado a sí misma para empezar de nuevo. Sus ojos azules brillaban iluminando aún más su sonrisa.

Miró a su amiga que estaba junto a ella, como siempre que daba un paso adelante en la vida. Shelby Payne le cogió la mano en señal de apoyo. Su alegría y sonrisa eran sinceras.

—Todo irá genial a partir de ahora, ya lo verás —le susurró Shelby—. Me alegro muchísimo de que estés aquí.

Nora asintió con un suspiro de esperanza. Tomar la decisión de salir de Nueva York no había sido fácil. Estaba acostumbrada a la seguridad que le daba su apartamento, a lo cerca que estaba la editorial que publicaba sus libros y a la proximidad del instituto de su hijo, pero nada de eso le había proporcionado esa tranquilidad que tanto buscaba y que había perdido desde que Doug comenzara las clases. Su complicada edad adolescente y los pésimos compañeros que había elegido como amigos le habían obligado a dar el paso de irse de la ciudad por miedo a que las cosas fueran peor de lo que ya estaban yendo.

—Sí —le respondió, reafirmando su decisión—. Estoy segura de que todo irá bien aquí.

—Esto es una mierda —exclamó un malhumorado adolescente rubio, de ojos tan azules como los de su madre, situándose a su lado.

Las dos amigas miraron al chico que había terminado de dar la vuelta a la casa seguido de Scott, el hijo de Shelby, de ocho años y fiel escudero del que consideraba su primo.

—¿Cómo pudiste comprar esta casa? Es una casa de viejos —siguió refunfuñando.

Megan Saint James, la dueña de la inmobiliaria a través de la que había hecho todas las gestiones, llegaba justo en ese momento con las llaves en la mano y uno de sus habituales vestidos largos y vaporosos que no disimulaba su avanzado estado de gestación.

—Tienes toda la razón —comentó despreocupada por la queja del joven—, pero así podrás dejar la habitación a tu gusto tras la reforma. Hola, chicas —le tendió las llaves a Nora—. Ahora sí que es oficial, bienvenida a Edentown.

Nora sonrió a Megan. La había conocido en alguna de sus anteriores visitas a Shelby, y había visto la casa con ella poco después del fallecimiento de su anterior propietaria, madre de la administrativa del alcalde.

Cogió las llaves y todos juntos fueron hacia la puerta. Ya sabía que a Doug no le había gustado la idea de la mudanza. Se lo había dejado claro muchas veces. También suponía que no se lo iba a poner fácil, aunque estuviera muy unido a Scott, pero quería pensar que solo duraría un tiempo y luego volvería a ser el niño cariñoso y respetuoso que siempre había sido.

Doug tenía razón. El interior de la casa, aunque se veía limpio y cuidado, estaba muy pasado de moda y bastante abarrotado de muebles oscuros y voluminosos.

—Todo está sin tocar desde que Gertrud falleció, ya te conté —les explicó Megan abriendo las ventanas del salón para airearlo—. En menos de media hora vendrá la empresa que Erin contrató para desocuparla totalmente. A primera hora de la tarde podrás hacerte mejor una idea de cómo puede quedar. El agua y la luz no se dieron de baja, así que no tendrás problemas para instalarte cuando quieras.

Nora asintió con una sonrisa. Había seguido un impulso comprándola en cuanto Shelby le había hablado de la posibilidad, sin dar opción siquiera a que saliera a la venta y había aprovechado para verla muy fugazmente en una anterior visita a su amiga.

Pocas veces solía dejarse llevar por impulsos en las decisiones importantes, pero en ese momento lo había visto como un regalo del cielo.

El salón le parecía un poco pequeño, aunque junto a él había una pequeña habitación que servía de trastero o de almacén y supuso que podría unirlos. Lo mismo haría con la cocina que pese a estar recogida y despejada, se veía tremendamente antigua.

—¿Quieres que avise a Cameron para que te haga la reforma? Supongo que querrás hacer obras y Cameron trabaja muy bien.

—Perfecto —aceptó Nora, confiada y agradecida apoyando la mano en una de las paredes—. Si tiro esta pared podré comunicar la cocina y el salón —comentó, ilusionada con la obra.

—Cameron te resolverá cualquier duda —le aseguró Megan llevándose la mano a su abultado vientre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Shelby.

—Sí, sí —le respondió Megan—. Ha debido despertarse y se está estirando.

Las dos amigas sonrieron. Para ellas quedaban muy lejanos sus embarazos. Shelby se llevó la mano a su vientre y Nora la miró sorprendida, pero sin decirle nada.

Subieron al piso superior donde había solo un cuarto de baño y cinco dormitorios no muy grandes. Uno de ellos estaba lleno de posters antiguos, banderines de un equipo de beisbol y pompones de animadora.

—Ya tengo ganas de empezar con las obras —les confesó Nora—. Quizá se pueda tirar alguna de estas paredes. Siempre he querido un vestidor con acceso desde mi dormitorio.

—Pero si no tienes tanta ropa —le comentó Shelby.

Nora hizo una mueca. Llevaba tanto tiempo trabajando desde casa que su guardarropa dejaba mucho que desear. Mallas, leggins, camisetas, sudaderas y solo un par de vestidos que se había comprado para salir con Stuart, el hermano de su editor, que había sido su última y fracasada relación.

—Eso va a cambiar. Ahora los jueves acudiré a las exposiciones esas que se hacen frente a la pizzería o iré al Shamrock alguna vez.

—¿Cuál será mi habitación? —le preguntó Doug entrando y saliendo de todas ellas con una mueca despectiva.

—La que tú quieras, Doug, cuando el señor Cameron venga le puedes pedir que te haga lo que quieras en ella.

—Con que me ponga conexión wifi me vale —le respondió—. Esto es una mierda. No sé por qué hemos venido aquí.

Nora lo miró enarcando una ceja, amenazadora.

—¿Quieres que te repita las razones?

Doug miró desafiante a su madre y luego bajó la mirada. No quería que Shelby las conociera, aunque sospechaba que las sabía pese a que no le había dicho nada al respecto.

—Vámonos abajo —le dijo a Scott.

—Adolescentes —sonrió Megan justificando sus comentarios negativos.

—Ya te tocará —suspiró Nora—. Será mejor que nos vayamos y volvamos cuando esté la casa vacía después de comer. ¿Puedes decirle al señor Cameron que venga a las cuatro?

Megan sonrió.

—Es solo Cameron, Cameron Lawrence —la corrigió mientras bajaban las escaleras—. Se lo diré y no creo que tenga ningún problema. Le daré tu teléfono por si acaso.

Nora se lo agradeció y siguió a las dos jóvenes, satisfecha ante las nuevas perspectivas que la decisión que había tomado le ofrecía.



Cuando Nora llegó por la tarde a su nueva casa la encontró totalmente vacía y su aspecto le gustó todavía más. Había manchas en el papel de las paredes donde se habían apoyado los muebles, pero todo parecía más amplio y limpio. Lamentó que Doug se hubiera quedado en casa de Shelby, porque seguro que le hubiera gustado más que antes verla así.

Volvió a recorrerla emocionada. Tenía muy buen presentimiento con respecto a esa mudanza. Confiaba en que todo cambiara para ellos. O por lo menos eso esperaba que sucediera. Quería volver a tener esa relación de cordialidad que tenía con su hijo y que había perdido desde que él empezó el instituto. Todo entre ellos se había enfriado y tensado cada vez más.

Doug nunca había sido muy influenciable, pero juntarse con los más gamberros del instituto había sido devastador, por lo menos para la relación entre ambos.

Ella lo achacaba a la falta de una figura paterna a la que imitar, y, por esa razón, se había animado a salir con Stuart, después de muchísimos años sola, pero no había funcionado. Ni siquiera habían pasado de la tercera cita.

Nunca había tenido suerte en el amor. Su novio en la universidad y padre de Doug se desentendió de ambos en cuanto supo del embarazo, y desde entonces ella no había vuelto a abrir su corazón a nadie más. Había salido alguna vez con algún otro hombre, pero para ella lo único que le importaba era su hijo, y que él estuviera bien atendido.

Sus padres también le volvieron la espalda tras la noticia de su embarazo y había tenido que dejar los estudios y ponerse a trabajar desde ese momento para que ni a su hijo ni a ella les faltara nada.

Durante ese último trimestre había cursado la asignatura de literatura, algo que siempre le había gustado, y en sus pocas horas libres había empezado a escribir pequeños relatos.

Con el apoyo incondicional de Shelby, compañera de clase por entonces, se había decidido a contactar con algunas editoriales y después de un tiempo, mucho trabajo duro y bastantes noches en vela, había conseguido vivir de sus novelas muy bien.

Ahora solo rezaba para que su hijo se adaptara sin mayores problemas al instituto, aunque probablemente perdiera ese año por sus bajas calificaciones.

Sonrió al abrir uno de los dormitorios pequeños del piso superior. Quizá pudiera conseguir ese vestidor del que estaba decidida a disfrutar.

Bajó al salón. Tenía muchas ganas de empezar con la obra. Vio junto a la puerta una esquina despegada del papel de la pared y no pudo evitar la tentación de cogerla y tirar con fuerza para comenzar a quitarlo. La satisfacción que sintió mientras lo hacía era indescriptible. Ilusión, satisfacción, esperanza... dio un fuerte tirón.

—Joder —exclamó malhumorado Cameron Lawrence, que entraba por la puerta en ese momento.

No había visto venir el golpe contra su ojo. ¿Quién iba a esperar algo así?

—Lo siento, lo siento—exclamó Nora soltando el papel que había arrancado de la pared y

girándose hacia él—. No te vi.

Cameron resopló cubriéndose el ojo afectado con una mano. Intuía lo que podía encontrarse dentro de una casa previa a la reforma. Lo que no esperaba era que además de un golpe físico, un perfume fresco y unos preciosos ojos azules hicieran que algo en su interior se sacudiera con la misma fuerza.

—Joder —volvió a resoplar molesto.

—Bueno, haber llamado a la puerta —se defendió Nora cruzándose de brazos—. Es lo que suele hacerse cuando entras en una casa que no es tuya.

Cameron le mantuvo la mirada. Rubia, preciosa, deslenguada y de ciudad. Todo problemas, pensó.

Nora lo miraba sorprendida. Cuando se retiró la mano del ojo para mirarla con expresión seria, notó cómo un hormigueo le recorría todo el cuerpo. Sus ojos azules la miraban desafiantes, su cabello oscuro ligeramente ondulado, su nariz recta, sus labios finos... más valía que dejara de mirarlo con tanta atención, pensó bajando la mirada que se quedó retenida en su torso plano, sus musculosos bíceps bajo la camiseta negra y sus largas piernas enfundadas en unos desgastados pantalones vaqueros.

Cameron se sorprendió ante la mirada lenta y perezosa de ella sobre todo su cuerpo.

—Me estabas esperando.

—¿Yo? —le preguntó ella sonrojada, volviendo a mirarle a los ojos.

¿Cómo se podía ser tan creído? ¿De verdad esa frase la utilizaba para ligar? Si le funcionaba era por su innegable atractivo físico, pero qué mujer respondería algo medianamente inteligente ante tan absurda frase.

Cameron la miró extrañado.

—Habíamos quedado ¿no?

—Acabo de llegar. No he quedado con nadie ni tengo la intención de hacerlo —le respondió a la defensiva.

Cameron frunció el ceño ¿Creía que estaba tratando de ligar con ella? ¿Y se enfadaba por eso? Con esa cara bonita, ese discreto, pero revelador escote, y esas piernas largas bajo unos pantalones cortos de tela, no hubiera sido mala idea, pero nada quedaba más lejos de su intención. Cameron puso los brazos en jarras. Mejor sacarla de su error cuanto antes.

—Vamos a ver... ¿no eres Nora Reaves?

Nora pasó una mano por su corta melena rubia. ¿Por qué sabía su nombre? ¿Quizá ella había malinterpretado algo? Se sonrojó.

—Sí...

Cameron elevó los ojos al cielo y entró hasta mitad del salón para echar un vistazo. Le convenía ponerse a trabajar cuanto antes y dejar de mirarla como si no hubiera otra mujer más bonita en el mundo.

—Soy Cameron Lawrence —se presentó distraído, golpeando una de las paredes—, de la empresa de reformas. Dime qué quieres que haga por aquí para pasarte un presupuesto.

Nora lo miró boquiabierta. ¿De verdad? ¿Y lo iba a ver con un cinturón de herramientas paseando por su casa?

—Pero...

Cameron la miró extrañado.

—¿Algún problema?

Nora apretó los labios con fuerza. ¿Por qué Shelby no le había dicho cómo era Cameron?

Podía haberse preparado y no hubiera actuado como una tonta.

—Supongo que no... —murmuró avergonzada—. Disculpa. No sabía... Pensé... Da igual... Cogió aire y le señaló con las manos a su alrededor.

—Bueno, ya ves la casa. Creo que quiero tirar esa habitación —fue hacia lo que había identificado como trastero en su anterior visita—, y tirar la pared de la cocina. El baño de esta planta supongo que me vale tal y como está, pero no sé si poner un armario de obra cerca de la entrada para los abrigos, y en la cocina no sé si poner una isla en medio...

Cameron sacó del bolsillo trasero de su pantalón la libreta pequeña que utilizaba para tomar notas. Aunque de momento, lo que decía era lógico y no hacía falta apuntar nada.

—No te voy a hacer un armario de obra junto a la entrada —le dijo señalando el supuesto lugar en el que iría—. Quedaría mejor un mueble y el espacio se vería abierto. Estas paredes se pueden tirar, pero la de la cocina es probable que sea un muro de carga.

Fueron los dos a la cocina a la vez haciendo que Nora tropezara con su espalda.

—Ups, lo siento —murmuró percibiendo un ligero olor a colonia y after shave.

Cameron solo la miró de refilón, sin querer darle importancia, pero muy consciente de la cercanía física de la que también ella parecía haberse dado cuenta.

Nora miró distraída al suelo. Ella le llegaba a los hombros, la altura ideal para que él bajara la cabeza y la besara. No esperaba que la inspiración para escribir su nueva novela le llegara tan rápido. Lo vio apuntar algo en su cuaderno con un lapicero de color amarillo. Tenía que recordar esos detalles. ¿Dónde tenía su ordenador? En casa de Shelby, pensó.

Cuando levantó la cabeza, vio que él la miraba como si esperara una respuesta. ¿Qué le había preguntado?

—¿Qué? —le preguntó extrañada.

—Que si quieres cambiar las ventanas —insistió Cameron.

—No sé —le respondió Nora—. No me he fijado en ellas.

Las miró detenidamente.

—Creo que hace unos cinco años, puede que menos, las cambiara mi padre —comentó—. No sería necesario.

—De acuerdo —aceptó Nora encogiéndose de hombros—. Arriba también quiero que tires alguna pared.

Cameron asintió y se dirigieron juntos, pero manteniendo las distancias hacia las escaleras. Cameron le dejó pasar, pero ella negó con la cabeza.

—No, por favor, sube tú primero—insistió Nora.

Cameron empezó a subir mientras con toda la intención, Nora apreciaba lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros. Realmente verlo con un cinturón de herramientas iba a ser de lo más interesante, pensó.

—¿Qué quieres que haga aquí?

Nora lo miró enarcando las cejas. ¿De verdad esperaba que le contestara a esa pregunta? ¿Así? ¿Sin preámbulos? ¿De verdad un hombre necesita preguntar eso a una mujer?

Cameron le miró impaciente. ¿Qué le pasaba? No se podía creer que abajo lo tuviera tan claro y arriba no hubiera pensado nada.

—¿No has pensado nada?

Nora se sonrojó.

—A ver sí... no soy de piedra, pero...

Cameron frunció el entrecejo. ¿Qué tenía eso que ver?

Nora notó su expresión confundida. ¿Había vuelto a malinterpretar algo? ¿No podía hablar más claro?

—¿Qué me habías preguntado?

—Que si habías pensado qué paredes querías tirar, o cuántas habitaciones necesitas, o si querías otro cuarto de baño —le dijo abriendo la puerta del único aseo de la planta.

Nora, avergonzada, sujetó su melena tras sus orejas mientras carraspeaba.

—Sí, otro cuarto de baño estaría bien... —pensó en voz alta— y quizá una de las habitaciones unirlas al dormitorio y hacerme un vestidor, siempre he querido tener uno.

Como todas, pensó Cameron molesto recordando lo emocionada que se había sentido su exmujer cuando había visto el que él le había hecho en casa como regalo sorpresa. Todas sus amigas quisieron uno igual y una por una se le ofrecieron sexualmente sin ningún tipo de pudor mientras lo construía para ellas.

Jamás se había sentido tan utilizado ni había esperado tantos comentarios ácidos e hirientes al respecto por haber respetado los votos matrimoniales. Claro que, si hubiera sabido por entonces lo poco que respetaba ella los suyos, las cosas quizá hubieran sido distintas.

O no, pensó amargado mientras recorría las habitaciones. Él era incapaz de faltar a su palabra, y nunca había sido su estilo pasar de una mujer a otra sin ningún tipo de miramiento.

Nora esperó en el pasillo a que él terminara de explorar la planta.

—De esta habitación puedo sacar un cuarto de baño con bañera y un vestidor para toda tu ropa...

—Bueno, no tengo tanta, pero... —se detuvo al ver que él la miraba como si no le importara lo que fuera a decirle.

—Perderás una habitación, pero esos dormitorios pueden quedarse como están... —le señaló tres puertas.

—Mejor porque así puedo hacer la vida allí mientras haces las obras.

Cameron la miró extrañado.

—¿A qué te refieres?

Nora se encogió de hombros.

—Esta es mi casa. Voy a vivir aquí.

—Lo doy por hecho, pero las obras me llevarán por lo menos dos meses.

—Me parece bien, tómate el tiempo que consideres —le explicó con tranquilidad—, dejaré las cajas en una de ellas... aunque quizá podrías hacer una de esas habitaciones un poco más pequeña. La voy a utilizar como despacho... —pasó por su lado abriendo una puerta—. Esta, quizá.

—¿Me estás diciendo que vas a instalarte aquí en unos días?

—No... —le respondió con una sonrisa.

Cameron suspiró aliviado. Lo que menos quería era encontrarse con una rubia bonita a cada paso que diera.

—En unos días, no —siguió Nora—. Mañana mismo. Pasado mañana a más tardar. Pero no te preocupes, cuando llegue el camión de la mudanza les diré que lo suban todo aquí... ¿O vas a empezar por los dormitorios?

Cameron la miraba serio.

—¿Pretendes vivir en mitad de una obra?

Nora se encogió de hombros. No iba a dormir más de una noche en casa de Shelby. Doug estaba bastante intratable últimamente. Si además iba a empezar las clases en el nuevo instituto,

las peleas entre los dos podían ser constantes.

—¿Se te ocurre algo mejor? —le preguntó con ironía dejando clara su intención.

Cameron resopló apoyándose en la pared del pasillo. Como todas las mujeres, empeñada en salirse con la suya. Iba a llenar la casa de muebles y cajas mientras él trabajaba.

—Y supongo que querrás utilizar también la cocina.

—Y el baño —añadió Nora con fingida inocencia.

—¿Hay alguna manera de hacerte cambiar de opinión?

Nora se sonrojó. Las flores siempre le ablandaban... Elevó los ojos al cielo. Probablemente él no se refería a nada de eso. Negó con la cabeza.

—Sabes que me vas a dificultar la obra, ¿no?

Nora entrecerró los ojos. ¿Y ahora se refería a que parecía que había cierta atracción entre ellos o no?

Cameron dejó de mirarla, visiblemente enfadado. Verla a todas horas no era lo que más le apetecía, por muy guapa y tentadora que fuera. No quería saber nada de ninguna mujer. Bastante había tenido con la que ha que se había casado. Además, hacer una reforma con la propietaria viviendo a la vez en la casa, podía llegar a ser incluso desagradable, pensó.

—Está bien, instálate abajo —le ordenó esquivándola para pasar hacia las escaleras—. Haré esta planta lo antes posible para que puedas ocuparla pronto.

Nora lo siguió escaleras abajo.

—Luego te llamo y te digo algo.

—¿El qué? —le preguntó extrañada. Quizá quisiera salir a tomar algo, pensó. Era domingo, no era tan mala idea.

—El presupuesto aproximado —le explicó impaciente—. Aunque tendrás que pensar en las calidades y diseño del suelo o de las baldosas, apliques, enchufes y algunos detalles más.

Nora asintió.

—Sí, claro, llámame cuando quieras —le respondió con una sonrisa deseando coger su ordenador y empezar a plasmar la idea de su siguiente novela.

Cameron salió de la casa resoplando. ¿Por qué no podía haber sido una amable anciana? ¿Por qué se tenía que haber mudado allí una mujer bonita con unas piernas largas y unos ojos del color del cielo? Bueno, probablemente encontraría pareja pronto y él se distraería con otra obra nueva. Solo serían dos meses, pensó. Solo dos.

Nora llamó por teléfono mientras cerraba todas las ventanas.

—¡Shelby! ¿Por qué no me dijiste lo de Cameron?

—¿Qué de Cameron? ¿Ya habéis hablado de la obra? ¿Qué te ha dicho?

—¿Tú lo has visto?

—¿El qué? ¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Cameron.

—Oh... sí... Estudiamos juntos... Es guapo... No pensé que pudiera interesarte.

—¿Bromeas? Imagínatelo con un cinturón de herramientas...

—¿A Cameron? No creo que a Dave —mencionó a su pareja— le hiciera gracia... ¿Te ha gustado?

—Voy ahora mismo hacia tu casa —le avisó—. Necesito empezar a escribir mi nueva novela ya mismo.

—Yo creía que te referías a que él te había gustado como hombre y no como protagonista de una novela—le comentó su amiga, decepcionada.

Nora se encogió de hombros mientras cerraba la puerta. Bueno, un rápido encuentro sexual tampoco le importaría. Pero nada más.

—No quiero ninguna relación, ya lo sabes.

—Pero las cosas ocurren a veces sin querer....

—A mí, no —le sonrió—. Te recuerdo que no salgo de casa como para conocer a nadie.

—Bueno, pero ahora no hará falta que salgas si tienes a Cameron dentro.

—Es verdad —le dijo risueña—. Pero me importa más la novela, creo que la acabaré en plazo. Ya hacía tiempo que no tenía tantas ganas de escribir.

Shelby suspiró al otro lado del teléfono antes de que Nora colgara y se dirigiera a su casa.



Aún no eran las diez cuando Nora entró en su nueva casa con las maletas que había llevado para pasar el fin de semana. Ya había discutido con Doug a primera hora, en cuanto habían salido de casa de Shelby. Comprendía los nervios de su hijo ante el primer día de instituto, en mitad del último trimestre, pero a gritos no se solucionaba nada, y a Doug parecía que le costaba comprenderlo.

Había aprobado el presupuesto de Cameron. Tenía claro que iba a hacerlo. En Edentown no había tantas opciones de empresas de construcción y tampoco había sido tan exagerado con todo lo que había que hacer. Invertir en su nueva casa, en su nueva vida, era algo que le producía mucha calma y satisfacción.

Miró a su alrededor mientras dejaba las maletas junto a la ventana. Si iban a empezar las obras arriba, ellos deberían instalarse abajo. Esperaba que a lo largo del día le llegaran las cajas que había embalado para la mudanza, los utensilios de cocina, ropa... Iba a ser un poco incómodo vivir con todo por medio un par de meses, pero luego todo iría genial.

Había vendido su apartamento con los muebles incluidos y estaba deseando empezar a comprar lo necesario para hacer de su casa un hogar. La lástima era que Doug no tenía ni la mitad de entusiasmo que tenía ella.

Oyó ruido en el piso de arriba. Cameron estaría allí. ¿Llevaría su cinturón de herramientas? Subió decidida. El ruido era más fuerte y continuo. Había bastante polvo en el aire.

Cameron descargaba su adrenalina contra una de las paredes que debía derribar. Aún no había empezado la obra y estaba deseando terminarla. Confiaba en no ver mucho a la propietaria de la casa. No era curioso así que no le había preguntado por su trabajo. Solo esperaba no coincidir mucho con ella. No quería ver a menudo esa corta y ondulada melena rubia, esos bonitos ojos y esas largas piernas...

—¡Hola! —oyó a su espalda.

Cameron se giró extrañado. ¿Qué hacía ahí?

Se quitó el casco y las gafas de protección que llevaba.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa —le respondió con una sonrisa inocente—. Aun no me ha llegado la cafetera, pero necesito un café. Voy a ir a la cafetería de Carolyn, ¿Te traigo un café?

Cameron parpadeó ¿Un café?

—Ya me lo he tomado antes de venir —le dijo huraño—. Voy a estar tirando paredes, mejor que no subas, no vayas a hacerte daño.

Volvió a ponerse sus protecciones y le dio la espalda.

Nora lo miró con una mueca. No llevaba su cinturón de herramientas, y el casco y las gafas de protección no le hacían ningún favor. Tampoco le gustaba el ruido, ni el polvo que se había levantado y que notaba que se le estaba quedando pegado a los poros de su piel. Una obra no era nada sexy, pensó. Debía de pasar por alto esos detalles en su novela.

Bajó las escaleras y salió distraída hacia la cafetería de Carolyn. Después de su segundo... no, tercer café, todo sería mucho mejor, pensó satisfecha.



Cuando una hora más tarde Nora volvió a su casa, estaba más relajada. El café lo había acompañado con una porción de tarta de fresa, y después había hecho una breve visita a la biblioteca. Podía pasar horas entre libros, pero sabía que debía entregar su novela cuanto antes. Debía comprar un sofá enseguida para poder sentarse a escribir medianamente cómoda, pensó. Si Doug estaba de humor probablemente lo pedirían por internet esa misma tarde.

Abrió la puerta y sonrió de oreja a oreja. Una docena de cajas enormes estaban esparcidas por el salón. Oyó a Cameron haciendo ruido en la planta de arriba y supuso que él había abierto la puerta a los encargados de su mudanza. Dejó sobre una de las cajas la bolsa con cupckes que había comprado por si tenía hambre a lo largo de la mañana.

Se dirigió a la cocina con los brazos en jarras. Debía ir a la tienda de alimentación. Abrió la nevera para asegurarse de su correcto funcionamiento y sonrió. Tendría que ir comprando solo lo imprescindible para evitar almacenar más cajas cuando empezaran a reformarla.

Le hacía ilusión ese cambio de vida, reconoció satisfecha.

Salió a la calle pensando que ese gesto lo iba a repetir por costumbre a partir de ese momento. Estaba acostumbrada a hacer la compra online y que un repartidor se la llevara a casa, pero en Edentown, las cosas iban a ser diferentes y muy bonitas, se animó convencida.

Mientras caminaba, añadió mentalmente a su lista los productos de higiene y limpieza. El sol le acariciaba el rostro y sonrió. Supuso que eso que sentía era esa felicidad que siempre había estado buscando.

Con esa disposición hizo la compra y llegó a casa más cargada de lo que había sido su primera intención. Recordó que esa era una de las razones por las que solía hacer la compra online, pero el peso de las bolsas no iba a estropearle el día.

Cameron estaba resoplando mientras firmaba algo a un repartidor cuando ella llegó hasta la puerta.

Entró esquivándolos para dejar las bolsas a un lado de la puerta y se giró justo cuando Cameron cerraba y le tendía sin demasiada amabilidad una caja no muy grande.

Debían de ser los últimos libros que había pedido.

—No soy tu mayordomo —le dijo serio—. Si esperas recibir algún pedido, quédate en casa para abrir la puerta.

Nora lo miró sorprendida enarcando las cejas. Pese a estar bastante cubierto de polvo, estaba muy atractivo y, por lo visto, enfadado.

—¿No te parece que exageras?

—¿Yo? En tres horas que llevo aquí, he bajado tres veces.

—¿De verdad? ¿Tanto te ha incomodado abrir la puerta siendo que estabas en casa? —le

preguntó molesta por su ridícula queja.

Cameron le mantuvo la mirada, desafiante. Seguro que estaba acostumbrada a que los hombres se tiraran a sus pies y le consintieran todo, pero él estaba allí para reconstruir su casa, no para recoger los paquetes de sus compras compulsivas.

Nora miró a su alrededor. Seguían las cajas de la mudanza y ahora el paquete con los libros.

—Has abierto solo dos veces.

—Tres, tienes otro paquete sobre la encimera de la cocina.

—Bueno, solo tres —se defendió sin dejar de mirarlo a los ojos—. No son tantas.

—Las suficientes. Quieres que acabe la obra, ¿no? Pues déjame trabajar.

Nora lo miró fastidiada. ¿Cómo siendo tan atractivo podía ser tan desagradable? Estaba segura de que, a lo largo de su vida, las mujeres le habían consentido ese comportamiento, pero ella no tenía por qué hacerlo.

—¿Eres tan impertinente con todos tus clientes?

Cameron la miró enfadado. Era demasiado guapa y todo su cuerpo parecía reaccionar ante su presencia.

—Mis clientes están en casa para atender sus visitas o directamente, no las tienen. Yo solo trabajo.

Se dio media vuelta y subió por las escaleras. Nora lo vio subir molesta. Dejó el paquete de libros sin abrir y cogió el ordenador de su maletín. Tenía mucho que escribir. El protagonista masculino de su novela, en ese momento no iba a salir bien parado de ella.

Sacó de una caja los altavoces que solía conectar al ordenador. Buscó entre el repertorio que ya tenía seleccionado las canciones que solía utilizar para escribir las escenas de enfados o violencia. Escogió una al azar y la puso al volumen más alto que pudo mientras se acomodaba en el suelo junto a la ventana y empezaba a teclear las palabras y sentimientos en lo que ya era su próxima novela. Sin duda, esa canción le ayudaría a transmitir lo que quería compartir y mantener mientras describiera esa desagradable escena.

Cameron resopló cuando escuchó por tercera vez seguida la misma canción de heavy metal. Nunca le había gustado ese estilo de música, ni mucho menos esperaba que a ella le gustara, pero tres veces seguidas la misma canción, le estaba taladrando la cabeza.

Dejó lo que estaba haciendo y tratando de relajarse para suavizar las palabras que quería intercambiar con ella, bajó.

La vio sentada tan tranquila, tecleando en el ordenador. ¿Cómo podía concentrarse con eso sonando con tan alto volumen? Se fijó en que tenía los ojos ligeramente entrecerrados.

—Eh! No puedes... —ni caso—. ¡Eh! Que te...

¿Cómo iba a escucharle si apenas se oía a sí mismo? Con grandes zancadas llegó hasta ella impaciente y directamente desenchufó los altavoces tirando del cable.

Nora se sobresaltó cuando el silencio la rodeó. Lo vio parado frente a ella y levantó la cabeza extrañada.

—¿Te parece poco el sonido que tienes arriba que tienes que poner a tope eso que algunos llaman música?

Nora lo miró sin saber a qué se refería. Estaba bastante concentrada en su novela. Le costó asimilar sus palabras.

—Escribo con música.

—¿Y te pones en bucle la misma canción? —no le importaba la respuesta. Solo quería silencio.

Nora asintió con tranquilidad sin prestar atención al nuevo enfado del que parecía informarle su impaciente y poco agradable constructor.

—Normalmente sí.

—Pues ponte auriculares y reza por tus tímpanos —le dijo dándose media vuelta.

Nora frunció el ceño.

—Un poco más de ruido no te hará daño —le dijo molesta volviendo a enchufar los altavoces, pero bajando considerablemente el volumen.

Lo vio desaparecer por las escaleras. No se podía ser más desagradable, pensó, volviendo a coger el hilo de su historia.

Cuando su jornada acabó, Cameron bajó al salón y al verla tan concentrada, decidió irse sin despedirse siquiera. Probablemente ni lo escuchara, se justificó. No iba a reconocer que le había gustado su mirada ensoñadora y distraída cuando la había sacado de la concentración de lo que escribía. ¿Qué estaría haciendo? Se obligó a dejar de pensar en ella una vez cerrada la puerta.



Cuando Cameron llegó a la mañana siguiente no había nadie en casa. Agradeció que, pese a su empeño en instalarse allí en mitad de la obra, Nora hubiera tenido el sentido común suficiente para no hacerlo. No había muebles ni espacio para ellos entre tanta caja.

Subió tranquilamente y empezó con su faena. La tarde anterior se había propuesto a sí mismo acabar la obra en una carrera contra reloj. Cuanto menos coincidiera con Nora mucho mejor, por lo menos para él. Le había costado muchísimo dejar de pensar en ella pese a que tenía claro que no quería saber nada de ninguna mujer.

La escuchó entrar por la puerta, y volvió a resoplar cuando escuchó a Celine Dion y su *All by my self*, nuevamente en bucle. Una vez, no estaba mal, dos... quizá, pero ¿cuántas veces llevaba ya? ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Se ponía la música según su estado de ánimo? ¿Y ese día qué le tocaba, estar deprimida lamentándose de su soledad? ¿Qué hombre en su sano juicio aguantaría eso por muy bonita que fuera o muy largas que tuviera las piernas?

Iba a bajar a quejarse de sus gustos musicales cuando dejó de oír la canción y la escuchó hablar por teléfono. No se oía la conversación con nitidez, pero agradeció la falta de música ambiental.

Poco después escuchó un portazo. ¿Se había ido? Escuchó que alguien subía las escaleras con rapidez haciendo bastante ruido y desde donde estaba le pareció ver pasar a su espalda una sombra.

—¡Doug! ¡Que me esperes, te he dicho!

Cameron se giró extrañado hacia el pasillo. Vio a Nora pasar hasta la habitación del fondo.

—¡Déjame en paz! ¡No quiero hablar con nadie! —explicó Doug malhumorado y nervioso, mirando a su alrededor—. ¿Es que no hay ni una sola puerta?

—¿Qué ha ocurrido? ¿El segundo día ya con problemas?

Nora miraba con una mezcla de rabia y preocupación a Doug. Creía que esas escenas tan habituales en su anterior piso no iban a repetirse allí.

—Déjame en paz, tú no me entiendes. No entiendes nada —se defendió rabioso el adolescente.

—No, si no me lo cuentas.

—¿Por qué no hay una puta puerta en esta casa? Esta iba a ser mi habitación. Déjame solo.

Cameron escuchaba en silencio desde lo que iba a ser el dormitorio de Nora y su vestidor. Procuraba no prestar atención por respeto, pero su curiosidad parecía ser mayor.

—Voy a hacer la comida —le respondió Nora indignada—. Tómame el tiempo que necesites y cuando bajes a comer que sea en un tono más calmado. Esta tarde tenemos que ir a hablar con tu tutora. Me gustaría conocer tu versión antes de escuchar la suya.

Cuando Cameron oyó a Nora en el piso inferior cogió una de las puertas que había guardado en la habitación en la que estaba, y que pensaba llevarse para lijar y barnizar, y la acercó en silencio hasta la habitación del chaval.

Supuso que Nora acababa de divorciarse, aunque no llevaba anillo ni marca de él. No sabía de la existencia del adolescente, pero sabía lo difícil que era adaptarse a un lugar que no era su sitio.

En silencio volvió a colocarla en las bisagras. El adolescente que estaba mirando por la ventana con la rabia contenida lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quién eres? —le preguntó furioso cuando vio que la puerta estaba en su sitio de nuevo.

—Cameron Lawrence —se presentó acercándose a tenderla la mano—. Hago la reforma de la casa. Te has quedado con la única habitación que no voy a tocar, y si vas a ocuparla, supongo que lijar y barnizar tu puerta puede esperar.

Doug aceptó su saludo visiblemente incómodo. Cameron salió de la habitación dejándolo solo.

A Doug ya no le apetecía dar un portazo. Se limitó a cerrar la puerta y sentarse en el suelo tras ella.

Nora trataba de relajarse en la cocina. Había abierto la caja de los utensilios de cocina y había empezado a cocer agua. La pasta siempre era un buen recurso cuando Doug tenía un mal día, aunque últimamente tenía demasiados.

No le sorprendía lo que había ocurrido, pero había esperado que las cosas fueran diferentes en Edentown. ¿Por qué se había hecho esas ilusiones? Sentía que a veces no podía con Doug, pero solo se tenían el uno al otro, y no podía ni quería rendirse. Eso solo sería una etapa, se intentó convencer. Su hijo lo estaba pasando mal y ella era la única persona con la que podía pagar sus frustraciones, pensó para tratar de relajarse.

Poco después Cameron se asomó por la puerta de la cocina. Le conmovió ver a la bonita rubia, silenciosa y cabizbaja, rallando un taco de queso sobre una enorme fuente de pasta.

—Me voy, luego sigo —le avisó.

Nora lo miró confundida. Se había olvidado por completo de él. Asintió distraída. Supuso que su mujer lo esperaba para comer.

Cuando se quedó sola salió al salón y convirtió una de las cajas en mesa. Llamó a Doug, aunque supuso que no bajaría a comer y querría comer a solas en su cuarto.

Fue lo que hizo. Doug bajó, cogió el que supuso que era su plato y subió para comer a solas con su enfado.

Nora suspiró abatida.



Ambos estaban en silencio cuando volvieron de comprar dos colchones y unas lámparas de mesilla para pasar su primera noche en la casa. Ya habían hablado con Brooke Sawyer, la tutora

del instituto y aunque, sin estar Doug presente, le había quitado importancia al mal comportamiento de Doug, los ánimos de Nora se habían hundido.

—Ayúdame con los colchones, por favor —le pidió seria a Doug en cuanto aparcaron el coche frente a la casa.

Doug miró desairado a su madre y cogió las dos lámparas antes de desaparecer en el interior de la casa.

Nora resopló molesta y cogió como pudo el primero de los colchones enrollados para entrarlo y dejarlo en un rincón del salón. El segundo de ellos lo subió a regañadientes al piso de arriba.

—¿Dónde vas con eso? —le preguntó Cameron en mitad del pasillo.

A Nora le extrañó verlo a esas horas. Supuso que había aprovechado que ella no estaba en casa para trabajar tranquilamente. Parecía que ya se iba porque se había quitado todas las medidas de protección de encima y se veía atractivo a más no poder. Su mujer era muy afortunada de despertarse a su lado.

—Quítate —le dijo más seria de lo que pretendía.

—Te dije que te instalaras abajo hasta que acabara con esta planta.

—Doug parece que ya se ha instalado en ella —y le has puesto la puerta, pensó molesta.

—Si este colchón es para Doug debería ser él el que lo cargara —le dijo quitándose de las manos y dejándolo tirado en el pasillo.

Doug salió de su dormitorio airado. Los había estado escuchando. Había pasado de largo y sin saludar pese a que había visto a Cameron en una de las habitaciones. Se acercó sin mirarlos y a duras penas arrastró el colchón hasta su habitación para después dar un portazo. Nora miró a Cameron furiosa. Ella ya sabía que Doug podía encargarse de sus cosas, pero no lo hacía. Airada bajó las escaleras seguida de Cameron.

—No me digas cómo educar a mi hijo —exclamó molesta en cuanto llegaron al salón.

Cameron levantó las manos sorprendido.

—Yo no...

—Es muy fácil opinar sin saber nada —cruzó el salón y cerró la puerta de la cocina tras de sí, airada.

Cameron se quedó solo en el salón. Acababa de descubrir de dónde había sacado Doug sus ataques de mal genio. No tenía la intención de dar lecciones a nadie y menos él, que de adolescentes no sabía nada. Decidió dejar las cosas como estaban. Defenderse ante Nora podía darle a ella la oportunidad de descargar en él toda su rabia y no le apetecía en absoluto.



Cuando Cameron llegó a la casa a la mañana siguiente se encontró con Nora sentada en el colchón sobre el que había dormido, con el cabello desordenado, escribiendo en el ordenador. Sintió que la respiración se le cortaba en seco. Las sábanas se le enredaban entre sus desnudas y largas piernas.

Nora se subió las gafas y le miró completamente distraída. Ese hombre era capaz de dejar sin aliento a cualquier mujer, pensó.

—Acepté las llaves para hacer las reformas, creyendo que estaría solo, pero a partir de ahora llamaré a la puerta —le informó serio.

Nora se encogió de hombros. Se había acostado muy tarde escribiendo y solo se había tomado

un café. Dejó el ordenador portátil a un lado y se levantó sin preocuparse por andar con una ligera camiseta de finos tirantes y un pantalón corto igual de veraniego.

—Voy a tomar un café ¿Quieres uno? —entró en la cocina sin prestarle apenas atención.

—No.

Preferiría que te vistieras, pensó molesto subiendo por las escaleras. Empezó inmediatamente a recoger los escombros y meterlos en pequeños sacos en el pasillo cuando la puerta del final del pasillo se abrió.

—¿No puedes dejar de hacer ruido?

Cameron se fijó en el adolescente recién levantado. Supuso que le habían expulsado del instituto un par de días. Parecía que ese castigo que él había recibido alguna vez en su época escolar seguía en vigor.

—Ya es hora de levantarse —le respondió sin dejar de trabajar.

—No cuando no tienes nada que hacer.

—Será porque no quieres.

Doug lo miró con el ceño fruncido.

—No pienso estudiar.

Cameron se encogió de hombros.

—No lo hagas —le respondió—. Puedes meter escombros en los sacos y cargarlos en la furgoneta.

—Hazlo tú —le respondió malhumorado—. Mi madre te paga por eso.

—Si quieres que yo te pague tendrás que ganártelo —le dijo serio.

—¿Me pagarías?

Cameron se encogió de hombros.

—Tendrás que convencerme de que te lo mereces.

El joven cerró la puerta y salió poco después, despeinado, pero vestido con ropa deportiva oscura.

Nora observó sin palabras como su hijo bajaba cargado de un saco de escombros y sin quejarse lo llevaba hasta la furgoneta que Cameron había aparcado en la puerta. Tres viajes después y cuando Doug estaba fuera, ella subió las escaleras y se plantó desconfiada frente a Cameron.

—¿Cómo has conseguido que Doug te ayude?

Cameron se encogió de hombros mientras cargaba un saco grande bastante lleno.

—No parecía que tuviera nada mejor que hacer.

—Podía estar estudiando.

Cameron reprimió una sonrisa cínica. Una madre siempre pensaba en los estudios por encima de todo.

—No parecía que tuviera ganas de hacerlo.

La esquivó y bajó las escaleras seguido de ella.

Nora lo vio salir cargado como iba hasta su furgoneta y lo siguió. Vio a los dos entrar en casa dejándola de lado todavía con la taza de café en la mano.

Por un momento se sintió desplazada. Siempre habían sido dos. Doug y ella. Dependían el uno del otro, se apoyaban, reían, discutían, veían películas juntos... y ahora, después de una larga y dura temporada entre ellos sentía que Doug podía hacer la vida dejándola de lado.

—Si vas a convertir a mi hijo en un... en un... peón de obra, ¡qué menos que me pidas permiso! —exclamó celosa siguiéndoles hasta el piso de arriba.

Cameron se giró sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Estás distraendo a mi hijo de sus estudios.

—Joder, mamá —exclamó Doug—. Déjame en paz. No soy un niño.

—No estás estudiando para convertirte en un albañil sin cualificar.

Doug se encerró en su habitación dando un portazo.

Cameron la miraba enfadado con los brazos en jarras. No sabía qué le había molestado más, si el insulto de su falta de cualificación o la estupidez de que estaba distraendo de sus estudios a un adolescente rebelde que pensaba en cualquier cosa menos en estudiar. Ni una cosa ni la otra era verdad.

Resopló y le dio la espalda intencionadamente para entrar en la habitación que estaba reformando. Nora le siguió enfadada.

—¿Estás huyendo?

Cameron se volvió hacia ella visiblemente furioso.

—Mira, guapa —le dijo acercándose amenazador a ella—. No me metas en tus problemas. No pretendía distraer a tu hijo de nada...

Se alejó de ella. No podía discutir cuando lo miraba con sus preciosos ojos azules y la sentía tan vulnerable, como una madre defendiendo a su retoño. Una madre como cualquier madre debería ser, bufó. No podía decir nada al respecto. La respetaba por eso.

Nora salió malhumorada de la habitación. Le había impresionado ese acercamiento. Él era grande, fuerte, atractivo. Por unos segundos había creído que la cogería entre los brazos, la aprisionaría contra la pared y la besaría con pasión hasta hacerle perder el sentido. Pero enseguida recordó que estaban discutiendo por su hijo. Su hijo. Resopló. Si hubiera habido una puerta en esa planta de arriba, la hubiera cerrado de un portazo.

Todos estuvieron en silencio hasta última hora de la mañana, cuando Doug salió de su habitación y se acercó a Cameron.

—¿Pero me vas a pagar? —le preguntó observando como quitaba los rodapiés de la pared.

Cameron levantó la vista y se fijó en el adolescente. Le indicó que se acercara y le echara una mano.

—Habla con tu madre —le sugirió—. Pídele permiso para echarme una mano y no habrá problema.

—Ella no entiende nada —se quejó amargado.

—Es probable —le reconoció—, pero es tu madre.

—Eso no le da derecho a meterse en mi vida.

—Créeme, le da todo el derecho —le aseguró—. Solo hay que saber llevarlas —le guiñó el ojo—. ¿Qué pasa con los estudios?

—No me gusta estudiar.

—¿Conoces a alguien al que le guste?

Doug lo miró confundido.

—Seguro que puedes hacer las cosas mejor —le comentó—. ¿Tienes que aprobar? Hazlo. No hay otra opción. Así que hazlo cuanto antes para poder hacer lo que te dé la gana.

—Aquí no hay nada que hacer —le dijo mientras le ayudaba a quitar los rodapiés—. No es como Nueva York.

Cameron se encogió de hombros.

—Pero mientras estés aquí...

—Ya... tengo que saberlo llevar. Eso es fácil de decir. Tú no estás viviendo con tu madre...

—¿Quién te ha dicho que no?

—Pues eres un pringao...

Cameron le sonrió divertido. Probablemente lo era, pero no habría sabido qué hacer si sus padres no le hubieran recogido cuando había vuelto de su aventura en la ciudad solo, medio arruinado y con una hija de pocos meses en los brazos.

Nora tardó en oír los cuchicheos en el piso de arriba. Se vio tentada de subir y volver a discutir con Cameron, pero supuso que parecería una madre demasiado acaparadora y enloquecida. Tras estar unos segundos intentando escuchar de lo que hablaban sin resultados, volvió a su rincón para seguir escribiendo, pero no podía concentrarse y pronto sería la hora de comer. Cameron debería irse, pensó molesta, y ella podría hablar de nuevo con su hijo. Su hijo que no necesitaba un padre.

Realmente se estaba comportando como una madre celosa ¿de qué? ¿De su hijo hablando con un desconocido? Se recriminó sus sentimientos y decidió salir a que le diera un poco de aire fresco. Se peinó con rapidez, cambió las mallas de estar por casa por un vestido veraniego y salió de casa cerrando la puerta con más fuerza de la que hubiera querido mientras llamaba a Shelby por teléfono para quedar con ella.



La bonita cafetería de Carolyn olía a galletas y *cupcakes* recién hechos. Nora estaba tratando de decidirse por cuál empezar cuando vio entrar a su amiga Shelby que se acercó a ella con un vestido floreado y una radiante sonrisa.

—Siento haberte distraído del trabajo —se disculpó Nora apoyando la mano en el brazo de su amiga—. No sé si coger un *cupcake* de chocolate o ese de limón y chocolate blanco.

Shelby los miró mordiéndose el labio, pensativa.

—Es una elección difícil. ¿Y el de nueces pecanas?

Cuando por fin se decidieron por los *cupcakes* de caramelo eligieron una de las mesas junto a la ventana.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Shelby llevando los dos té que habían pedido—. Creí que Doug estaba en casa expulsado del instituto.

—Sí —le confirmó Nora—. Pero no te preocupes. No me echará en falta. Ahora solo tiene ojos para Cameron —resopló con una mueca.

Shelby la miró confundida.

—¿A qué te refieres? Cameron lleva dos días arreglando tu casa.

—Pues no ha necesitado más tiempo para meterse a Doug en el bolsillo, para que le ayude con la reforma y distraerlo de sus estudios.

—¿Cameron?

—Sí —le dijo molesta.

Shelby parpadeó extrañada.

—Si no te conociera, te diría que estás celosa, pero sé que no es cierto —le dijo levantando la mano para que no le replicara—. ¿Qué es lo que realmente te molesta? Si Doug ha encontrado un ejemplo en Cameron no lo veo mal, pero por Dios, Nora, se conocen de dos días.

—Pues no ha necesitado más para camelarlo.

—Bueno, mala influencia no va a ser.

—Pero ¿y si le distrae de sus estudios? ¿Y si ahora le da por pensar en dejar los libros y ponerse a tirar tabiques? Debería seguir estudiando.

—¿No te parece que estás exagerando? Me dijiste que ya dabas este curso escolar por perdido. Si aprende con Cameron lo que es el trabajo duro, no le vendrá mal.

—¿Trabajo duro? —le preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Exhibir esos brazos musculosos y esas piernas largas? ¿El pelo ligeramente revuelto? ¿Pasearse con un cinturón de herramientas por la casa? Bueno, aún no lo he visto con el cinturón de herramientas, pero me lo imagino...

—Me he perdido... ¿Estamos hablando de los estudios de Doug o de tu nueva novela?

Nora la miró sonrojada. Quizá se había distraído un poco del tema.

—No he estado educando sola a mi hijo para que ahora el primero que venga tire todo por tierra.

Shelby enarcó las cejas, sorprendida.

—Nora... de verdad ¿No te parece que exageras? Además, si Cameron entretiene a Doug mientras está en casa, más tiempo tendrás para escribir tu novela ¿no?

—Sí, pero... pero... no me parece bien —frunció el ceño—. Doug lo mira como si fuera un Dios.

—Cameron no es mal hombre.

—No lo conozco.

—Bueno, yo sí —le respondió Shelby—. Estudiamos juntos en el instituto. No era mal chico.

—¿Estás de mi lado o del de Cameron?

—¡Nora! Estáis del mismo lado —le dijo divertida—. Cameron probablemente ni sepa lo que estás pensando.

Nora se sonrojó. Quizá estaba exagerando... pero solo un poco.

—Llevas mucho tiempo sola —le sonrió Shelby apoyando la mano sobre la de su amiga—. Las cosas van a cambiar aquí, ya verás. Vas a formar parte de esta comunidad, Doug también encontrará su sitio, dale tiempo, date tiempo... Por cierto... Cameron está soltero.

Nora miró a su amiga reprimiendo una sonrisa.

—Vi que no llevaba anillo, pero no le pregunté.

—Hola, chicas —se le acercó a la mesa Jane Muldoon, la bonita bibliotecaria con quien habían coincidido en alguna de sus anteriores visitas a Edentown—. ¿Ya estás instalada aquí? Te vi hace unos días en la biblioteca, pero estaba muy atareada y no pude decirte nada. Cuento contigo para el mes que viene en el Club de lectura. Ya me sugerirás por qué libro quieres que empecemos.

—Ah... pues el mes que viene... —no estaba muy segura de que fuera la mejor idea. Aún se estaba medio instalando, seguiría de obras...

—Sí. Yo creo que es lo mejor, ya sabes, luego viene el verano y como sacas el próximo libro en breve te dará publicidad —le explicó decidida—. Eso sí, en septiembre, hacemos la presentación oficial en la biblioteca —miró a Shelby—. Doy por hecho que cubrirás el evento.

Shelby asintió con una sonrisa.

Las dos amigas la vieron salir sonriente con un café para llevar.

—¿Cómo mantiene esa energía? ¿Alguien le ha dicho que no alguna vez?

—No creo —sonrió Shelby—. Bienvenida a Edentown, Nora. Ya te he dicho que aquí no sabrás lo que es estar sola.

Nora sonrió a su amiga esperanzada. Llevaba demasiado tiempo sintiendo la soledad no

elegida como compañera de vida, y era una sensación de la que quería desprenderse. Parecía ser cierto que en Edentown había encontrado el hogar que buscaba, aunque todavía tuviera que limar ligeras asperezas ante los cambios que estaba experimentando.

—Y hablando de no estar sola —continuó Shelby llevándose una mano a su abdomen—. Quería estar segura antes de decírtelo y esta mañana, nada más levantarme, me he hecho la prueba... Estoy embarazada.

Nora ahogó una exclamación emocionada y se levantó para abrazar a su amiga.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo se lo ha tomado Dave? ¿Y Scott? —le preguntó entusiasmada.

—Dave no era capaz de reaccionar —le sonrió recordando—. Y luego me ha dado un abrazo, como si le fuera la vida en ello —se emocionó—. Ha sido tan tierno... así nos ha encontrado Scott, que ya ha empezado a hacer planes sobre si enseñarle a jugar al beisbol o a tocar la guitarra. Así se han ido al colegio. Hablando sobre todo lo que le iban a enseñar.

Nora suspiró soñadora.

—Dave será un gran padre —le dijo asintiendo.

Shelby le imitó el gesto con una sonrisa radiante.



Cuando Nora volvió a casa no escuchó ningún ruido. Supuso que estaba sola y que Cameron se habría llevado a Doug sin su permiso. Volvió a sentir que el enfado corría por sus venas.

Malhumorada se sentó a escribir su novela. El protagonista era un ser egocéntrico e insolente al que alguien iba a darle una paliza literalmente en cuanto la trama de la historia se lo permitiera.

Un cuarto de hora más tarde, Cameron entró despreocupado con unas cajas en los brazos.

Nora dejó el ordenador sobre el colchón y fue hacia él enfadada.

—¿Quién te crees que eres? —le clavó el índice en su musculoso y duro pecho— ¿Qué derecho tienes a llevarte a mi hijo? ¿Qué pretendes? ¿Explotarlo? ¿Qué trabajo para ti a cambio de nada? ¿Qué deje los estudios? No he visto...

Después de la sorpresa inicial, Cameron empezó a contar mentalmente hasta veinte manteniéndole la mirada. Notaba cómo la ira le recorría el cuerpo. Agradeció tener las manos ocupadas con las pesadas cajas, porque ante semejante acusación verbal y ataque molesto con el dedo, solo se le habría ocurrido sujetarla por los brazos y tumbarla en el colchón bajo su cuerpo y... ¿Por qué pensaba en eso? Era una mujer estresada, enfadada y casi histérica.

Le extrañaba que no tuviera pareja. Era preciosa hasta cuando se enfadaba y olía a no sabía qué perfume floral que le despertaba los sentidos. Supuso que su amargura y desconfianza habrían sido la causa o la consecuencia de la ruptura con el padre del chico.

Había perdido la cuenta de por qué número iba mentalmente, cuando Doug se acercó a ellos bajando por las escaleras.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

Nora miró a su hijo extrañada. Se sonrojó violentamente.

—¿Estabas arriba? No te he oído.

—Estaba estudiando.

—¿Quién? ¿Tú?

Cameron con un suspiro, esquivó a Nora y a Doug y subió por las escaleras con una

satisfactoria sensación de victoria.

Nora miró a su hijo con los brazos cruzados mientras veía a Cameron subir las escaleras. Le debía una disculpa por su comportamiento histérico, reconoció a regañadientes.

Nora subió avergonzada y enfadada consigo misma a partes iguales. Vio a Cameron apilando las cajas en el que sería su dormitorio.

—Podías habérmelo dicho.

—¿El qué? —le preguntó divertido de espaldas a ella.

—Que no te habías llevado a Cameron.

—¿Y perderme esa explosión de mal carácter?

La miró burlón.

Nora resopló. No iba a darle la razón. Se giró y bajó enfadada al piso inferior. Se metió en la cocina dispuesta a cocinar. No le gustaba equivocarse, no le gustaba que Cameron tuviera razón, ni Shelby... Quizá todavía le duraba el estrés que había acumulado en Nueva York.

Negó con la cabeza. Estaba decidida a llevar una vida diferente. Suspiró. Tendría que relajarse.

—Mamá ¿puedo ayudar a Cameron a descargar la camioneta? —le preguntó Doug desde la puerta.

Nora lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Se estaba burlando de ella? ¿Antes estaba estudiando, algo que no se creía, y ahora le pedía permiso para descargar una mugrienta furgoneta?

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo molesta.

—Sí, mamá, luego, pero ¿puedo o no?

—Haz lo que quieras —le respondió dándole la espalda.



A la mañana siguiente, Cameron llamó a la puerta y tras asegurarse de que nadie la abría, entró con su llave.

Supuso que Doug habría vuelto al instituto y Nora... a saber... porque solo la veía sentada al ordenador y en ese momento no estaba.

A media mañana Nora entró en su casa. Se sentía muy relajada. Se había ido a pasear sin prisa por el tranquilo bosque junto al lago Eden, y había terminado en la peluquería. Se había hecho unas mechas más claras y se había rizado ligeramente las puntas. Se sentía como nueva. Solo le faltaba estrenar alguno de los bonitos vestidos que había comprado online y terminaría por sentirse como la mujer satisfecha y segura que había tenido tanto tiempo escondida.

Últimamente se sentía como una bruja amargada. Esa noche iría a la sala de exposiciones de Bronwyn Evans. Shelby le había propuesto que Doug fuera a cenar con Scott y Dave, pero supuso que a su hijo le gustaría cenar una pizza en casa a sus anchas, así que había rechazado su generosa idea.

Escuchó que se detenía el ruido en el piso de arriba y resopló. Tenía ganas de que acabara la obra. Cameron no era nada sociable y aun no se había puesto el cinturón de herramientas con el que llevaba tiempo fantaseando. Le oyó bajar las escaleras con una visible cara de enfado.

Su estómago se encogió en cuanto la miró. Aún no se había acostumbrado a verla cada día más bonita y eso le molestaba bastante.

—¿A qué estás jugando?

—¿Quién yo? —le preguntó Nora sin entender.

—Tres veces he tenido que dejar de picar las paredes por abrir la puerta para recoger tus paquetes —le señaló tres paquetes sobre una de las cajas

—Tampoco creo que te haya supuesto tanto esfuerzo —le respondió con ironía mientras se acercaba a los paquetes.

—Te recuerdo que no soy tu criado —le dijo—. Cuando no es porque te traen no sé cuántas cajas con la mudanza, son tus compras online. Estoy aquí para trabajar.

Nora puso los brazos en jarras. Debía mantener las distancias. Ese hombre era demasiado atractivo. No dejaba de imaginárselo rodeándola con sus fuertes brazos y besándola hasta dejarla sin aliento.

—Pues no veo que lo estés haciendo.

Cameron resopló y volvió a subir al piso de arriba. Nora lo siguió con la mirada mientras abría uno de los paquetes. En uno de ellos estaría el vestido que esperaba ponerse por la noche.



A última hora de la tarde, Nora acudió con Shelby a la esperada exposición de los jueves. Hacía tiempo que no salía con su amiga y estaba acostumbrándose con facilidad a quedar con ella a cualquier hora desde que vivía allí. Le gustaba esa nueva vida. Tenía ganas de mezclarse entre sus nuevos vecinos y compartir esos momentos de distracción.

Se sentía guapa. Se había puesto uno de los vestidos que le habían llegado por la mañana, el oscuro de flores azules que le daba la impresión de que realzaba el color de sus ojos.

A quien vio nada más entrar fue a Brooke Sawyer, la tutora de Doug, y apretó los labios. Esperaba que no le dijera nada sobre su hijo que le amargara la noche. Conocía a algunas personas más que Shelby le había presentado con anterioridad. La recibieron con una sonrisa y empezaron a compartir conversaciones amistosas.

Cameron entró distraído a la exposición. Rara vez acudía, pero su madre había insistido demasiado. Quizá tuviera razón en que no salía nunca, pero no sentía la necesidad de hacerlo. Ese día era una excepción porque quería ver a sus amigos. Dexter se casaría en breve y ese era un paso muy grande e importante para cualquiera.

Bronwyn, la futura esposa de su amigo y dueña de la galería, lo saludo amigable. Cameron estaba seguro de que su amigo no cometería la misma equivocación que él. Bronwyn además de preciosa, era encantadora y no se empeñaría en que su amigo lo abandonara todo por ella como le había ocurrido a él. ¿Por qué casi dos años después seguía reviviendo su fracasado matrimonio una y otra vez? ¿Por qué no había conseguido sacarse esa espina clavada en su corazón... o en su orgullo?

No lo había visto venir. Su exmujer, Page, le había alejado de su familia para llevarlo a su acaudalado entorno. También había conseguido que abriera una empresa de construcción con su perezoso hermano, que duró hasta que reconoció que el único que trabajaba y, mucho, era él.

Se había sentido utilizado. Page, parecía que conseguía los encargos que recibían tras abrirse de piernas, muy plazeramente, y le daba la sensación de que él iba incluido en esos proyectos por los numerosos ofrecimientos que recibía por parte de sus clientas o las esposas de sus clientes.

Cuando abrió los ojos y aceptó lo que se negaba a ver lo dejó todo... o casi todo, y volvió a casa, divorciado, arruinado y humillado.

Nora se había fijado en él en cuanto entró por la puerta. Por muy discreto que fuera, no podía evitar llamar la atención. Alto, fuerte, atractivo, vestido con unos vaqueros y una camisa oscura de manga larga.

—Es guapo ¿verdad? —le preguntó Shelby siguiendo la mirada de su amiga.

—No te lo puedo negar —reconoció Nora sonrojándose—. Un poco gruñón, pero muy guapo.

—Lo mismo te enamoras aquí, en Edentown —le comentó Shelby divertida.

Nora miró a su amiga con una mueca.

—Me conformaría con que Doug dejase de meterse en problemas.

Shelby sonrió asintiendo.

—Estoy segura de que así será.

Cameron se fijó en Nora. Hablaba con Shelby y estaba preciosa. Supuso que si él no tuviera el concepto que tenía sobre las mujeres, se habría acercado a ella... quizá.

Frunció el ceño cuando vio a Chris Bertie, el dueño de la ferretería acercarse a ellas. No le sorprendía que lo hiciera. Solo esperaba que Nora fuera un poco más inteligente y no quisiera nada con él.

Aunque, por supuesto, a él no le importaba en absoluto lo que Nora hiciera, se repitió varias veces mientras se acercaba a Dexter.



A la mañana siguiente, cuando Cameron llamó a la puerta, Nora estaba en la cocina preparándose un café. Le abrió distraída haciendo un gran esfuerzo para no fijarse en él.

—¿Quieres un café?

A Cameron le extrañó la amable propuesta, pero se acercó a la cocina. La noche anterior la había visto irse sola de la exposición a una hora prudencial. Estaba ligeramente despeinada, con una camiseta y un pantalón corto de pijama.

—Te vi ayer en la exposición —le dijo dándole una taza con café—. Ahí tienes el azucarero.

—No me saludaste —le acusó Cameron echándose una cucharadita de azúcar.

Nora se encogió de hombros.

—Tú a mí tampoco.

—Quizá porque no te vi —le mintió con una media sonrisa.

Nora lo miró con una sonrisa.

—Sí... Es probable...

Doug entró malhumorado a la cocina. Cogió su bolsa del almuerzo y se dispuso a salir cuando Nora lo cogió por el hombro.

—¿No vas a desayunar? —le pasó la mano por el pelo para peinárselo un poco—. Tendrás hambre. Llévate una chaqueta... —Doug se fue alejando... y ven directo a casa al acabar... No te entreteng...

La puerta se cerró dejándolos a solas. Cameron pensó que, si tuvieran una relación, ese sería un buen momento para cogerla entre sus brazos, besarla y sentarla sobre la mesa de la cocina para profundizar en el beso un poco más. Su entrepierna le recordó que era una buena idea. Su cabeza se alarmó, indicándole lo contrario. Dio un sorbo a su café obligándose a silenciar ese

conflicto.

—No sé qué hacer con él —murmuró Nora con un suspiro.

—Dale espacio —le recomendó Cameron luchando por borrar de su imaginación las imágenes subidas de tono que parecía que se habían alojado en ella.

—Es mi hijo, qué espacio...

—¿Qué años tiene? ¿Dieciséis? Está buscando su sitio y en cuanto se da la vuelta tiene a su madre pisándole los talones.

Nora lo miró con los brazos en jarras.

—¿Cuántos hijos adolescentes has criado?

—Solo te he dado una idea —le respondió molesto por su ironía.

Dejó la taza vacía en el fregadero y salió de la cocina incómodo por sentirse tan atraído por ella.



Como todos los domingos por la mañana, Cameron paseaba junto al lago, de la mano de su pequeña Lizzy, orgulloso y disfrutando del bonito momento. La niña no dejaba de parlotear mientras con la otra manita sujetaba un perrito de peluche de grandes orejas.

Le gustaban esos momentos con su hija. Durante la semana contaba con la inestimable ayuda de su madre para su cuidado, pero el fin de semana se entregaba a ella en cuerpo y alma, y eso que todavía era muy pequeña para que disfrutara tanto como él de esos paseos.

Estaba deseando enseñarle a ir en bicicleta, a patinar o a jugar al fútbol si quisiera. Pero en ese momento se conformaba con los paseos, comprarle unas galletas en la pastelería de Carolyn o cuanto peluche le pidiera de la tienda de regalos de Carlee.

Sonó su teléfono móvil y lo miró extrañado. ¿Nora? ¿Qué quería? Contestó menos amigable de lo que hubiera querido.

—¿Qué quieres?

—No tengo luz.

Cameron suspiró.

—¿Le has dado al interruptor?

—¿El que hay detrás de la puerta? Sí y no ha pasado nada. Necesito cargar la batería del ordenador y la del móvil...

—Ahora voy —resopló.

Miró a Lizzy que le sonreía con un bonito hoyuelo en la mejilla. Se la subió sobre los hombros para caminar más rápido. La niña de cabello castaño y preciosos ojos verdes sonrió encantada. Cameron se planteó por unos segundos llevarla a casa, pero supuso que estaría poco rato así que fue con ella hasta casa de Nora.

Nora abrió la puerta impaciente. Acababa de terminarse la batería de su ordenador y la inspiración se le agolpaba en la cabeza pugnando por salir. Iba a decirle algo desagradable cuando vio a la pequeña a la que bajaba de sus hombros y sujetaba en brazos.

—A ver, déjame pasar —le pidió al verla parada en la puerta.

Llevaba unos pantalones cortos, muy cortos y una camiseta de manga corta. Esa mujer era una tentación se pusiera lo que se pusiera, pensó disgustado.

Nora se hizo a un lado sin dejar de mirar a la pequeña que le enseñaba su perrito con una

graciosa sonrisa mientras balbuceaba palabras que le costaba entender.

—No sabía que estuvieras casado —acertó a decirle mientras lo veía revisar los interruptores tras la puerta de la entrada. Creía que era lo que le había dicho Shelby.

—No lo estoy —le comentó distraído.

—Pero esta niña es tuya, tiene tus mismos ojos.

—Tú también tienes un hijo —le comentó subiendo por las escaleras con la pequeña apoyada en la cadera.

—Ya, pero no es lo mismo —le respondió subiendo tras él.

Cameron dejó a la pequeña en el suelo. El día anterior había estado cambiando el sistema eléctrico con Doug, y probablemente no había supervisado todo lo que él había querido hacer solo.

—¿En qué no es lo mismo? —le preguntó distraído llevando a la niña de la mano—. Tú tienes un hijo, yo tengo una hija.

—Pero yo no lo sabía.

Cameron dejó de mirar los cables que habían empalmado y miró a Nora.

—¿Y yo debía decírtelo?

Le extrañaba la reclamación de Nora. Realmente se sentía muy atraído por ella. Llevaba una semana trabajando en su casa, pero no habían mantenido ninguna conversación.

Nora se sonrojó ante su mirada. Quizá tuviera razón ¿Por qué le pedía explicaciones? No tenía por qué haberle dicho que tenía una hija o que había estado casado. Es más, pensó, cómo no iba a estarlo con ese físico. Tenía que reclamárselo a Shelby, pensó molesta. ¿Por qué no se lo había dicho?

—Bueno... supongo que no... —reconoció agachándose a la altura de la niña para hablar con ella—. Si no te importa me la llevo a la cocina —la cogió de la mano—. Le voy a dar una galleta.

Cameron asintió tranquilo mientras oía a Lizzy que empezaba a hablar con Nora. Qué rapidez tenía su hija para relacionarse con la gente, se admiró.

No tardó en encontrar el problema en la habitación de Doug. Por lo visto había estado experimentando con los cables, haciendo un cortocircuito sin importancia, pero que había ocasionado que se saltaran los fusibles en cuanto se había pretendido utilizar el enchufe. Lo solucionó con rapidez.

Bajó al piso de abajo. Atravesó el cada vez más desordenado salón, y llegó a la cocina donde estaban las dos, cara a cara, escogiendo minuciosamente las galletas de chocolate de un surtido variado. Se enterneció al contemplarlas. Lizzy parecía tener el don de tranquilizar a las personas o suavizar su carácter.

—Hay que comerse todas, no solo las de chocolate —le explicó a Lizzy cogiendo una de las que no habían escogido.

Lizzy se rio divertida.

—Si a ti te gustan las que van sin chocolate, cómetelas tú —le sugirió Nora con una mueca mientras sonaba su teléfono sobre la encimera.

—Ya está solucionado —le dijo volviendo a coger en brazos a Lizzy que tenía las dos manos sujetando galletas de chocolate.

Cogió también el perrito de peluche. No sería la primera vez que lo olvidaban en algún sitio y luego se volvía loco buscándolo para tranquilizar a Lizzy.

Ella miró extrañada su móvil al no reconocer el número que la llamaba y contestó al teléfono.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde? ¿La comisaría? —miró alarmada a Cameron que la miraba preocupado ante su tono de voz—. Ahora mismo voy.

Asustada, avergonzada, enfadada, todo a la vez colgó la llamada y salió de la cocina sin perder un momento.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó siguiéndola extrañado.

—Doug... ¿Dónde está...? —iba levantando montones de ropa que había diseminados sobre las diferentes cajas—. Esto mismo.

Nora se puso de espaldas a él y con rapidez se quitó la camiseta blanca que llevaba y se puso un amplio vestido de flores que le cubría hasta las rodillas. Se quitó los pantalones sin más miramiento.

Cameron trató de mirar hacia otro lado, sorprendido por lo que estaba haciendo, pero pudo ver su espalda desnuda antes de retirar la mirada. Miró al cielo resignado. ¿Esa mujer pretendía matarlo de la impresión?

—Lo han detenido —le explicó abatida, buscando su bolso con la mirada mientras se ponía los botines cortos de color claro que tenía a mano—. Creía que eso iba a acabar cuando llegáramos aquí.

Solo tenía ganas de llorar. Se limpió una incipiente lágrima mientras cogía las llaves del coche que había sobre la caja más cercana a la entrada.

—No vas a conducir en este estado —Cameron le cogió las llaves y salió por delante de ella—. Toma, sujétala bien porque en tu coche no hay silla para niños. Ponte detrás.

Nora solo acertó a asentir mientras la pequeña le mostraba distraída sus manos llenas de chocolate. Le sonrió triste mientras sacaba de su bolso unas toallitas húmedas, para limpiárselas.

—Lo han detenido —le explicó mientras Cameron conducía su coche—. Iba con un chico de su clase... Han robado un coche.

—No será nada, tranquila —le dijo serio mientras conducía.

No tardaron en llegar a la comisaría donde un hombre alto y uniformado estaba tras un mostrador. A Nora le parecía haberlo visto en la exposición de Bronwyn.

—Vengo a por Douglas Ryder —exclamó Nora nerviosa, acercándose con gran esfuerzo para contener sus lágrimas.

James McLeod asintió y señaló a Dexter Campbell, que se estaba levantando de la silla en la que parecía estar esperando.

Cameron y Dexter se saludaron amistosos antes de que Dexter prestara toda su atención a Lizzy.

—¿Qué ha pasado? —Nora preguntó impaciente al policía.

—Entraron en el taller mecánico de la entrada de Edentown, y se llevaron un coche.

—El pequeño de los Brock —añadió Dexter con una mueca—. Creíamos que con el mayor en la cárcel las cosas se relajarían, pero el pequeño parece que sigue sus pasos.

—El coche tenía poca gasolina —le explicó el policía entregándole unos papeles a Nora—. Su hijo tiene algún que otro antecedente, señora. Tiene suerte de ser menor de edad, pero tenga cuidado. Esto es solo un aviso. Dexter no va a presentar cargos en su contra si ambos acceden ir a su taller esta semana a echarle una mano, cuando salgan del instituto.

Nora miró a Dexter agradecida. Le costaba contener las lágrimas, pero asintió como pudo con una sonrisa.

Vio acercarse a Doug acompañado de un agente de mayor edad. Salía cabizbajo y con el ceño fruncido.

Nora no sabía si abrazarlo o sacudirlo hasta que reaccionara y empezara a comportarse bien.

Doug miró a su madre avergonzado. Le extrañó ver a Cameron con una niña pequeña y otro hombre.

—Te espero fuera —le susurró Nora a duras penas, dejándolo allí.

Cameron lo miró esperando que dijera algo.

Doug metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Yo...

Cameron negó con la cabeza.

—Ya hablaremos —le dijo serio—. Este es Dexter. Es el dueño del taller donde robasteis el coche. Os podía haber pasado algo, haber tenido un accidente... Dale las gracias porque no te ha denunciado. Esta semana por las tardes le ayudarás en el taller.

Doug asintió ante las serias palabras y dio las gracias en un susurro. Salió tras su madre.

Nora había empezado a llorar inconsolable.

—Vamos a casa —le dijo entre sollozos—. Yo ya no sé qué más tengo que hacer para que te portes bien.

Doug no recordaba nunca haber visto llorar a su madre. Se dirigió al coche que vio parado ante la puerta. Nora lo siguió. Fue a rebuscar las llaves en el bolso, pero recordó que las tenía Cameron. Se secó las lágrimas y fue a entrar en la comisaría cuando vio salir a los dos amigos.

Evitó mirarlos a los ojos. Tendió las manos a Cameron para pedirle las llaves, pero él le dio a Lizzy.

—No vas a conducir.

Nora no tuvo ganas ni de replicar. Lizzy le rodeó el cuello con los brazos y a Nora la reconfortó su tierno aroma ¿Por qué tenían que crecer los niños?

Se montaron los cuatro en el coche y condujeron en silencio hasta la casa.

Lizzy se había quedado dormida en los brazos de Nora. Ella se había tranquilizado ligeramente al ver a la dulce pequeña tan confiada en su regazo. Recordó cuando Doug era así. Pequeño, tierno, inocente, bueno... y no se explicaba cómo se había desviado tanto.

En cuanto llegaron frente a su casa y salieron del coche, Nora recostó a Lizzy con mucho cuidado en los fuertes brazos de Cameron. Le cogió las llaves murmurando avergonzada unas palabras de agradecimiento y entró en casa sin esperar a Doug. Ya no sabía qué más decirle a su hijo ni con qué castigarle.

Doug estaba remoloneando con las manos en los bolsillos, sin dejar de mirar el suelo. No quería seguir a su madre.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Cameron apoyándose en el coche.

—Había quedado con Brock para ir a dar una vuelta —le explicó cabizbajo—. Va a mi clase. No sabía que pensaba robar un coche.

—¿No pudiste largarte antes de que lo hiciera?

—¿Y que pensara que soy un cobarde?

—Es lo que pareces cuando no eres capaz de dar la cara por tus principios.

Doug le mantuvo la mirada mientras notaba cómo se sonrojaba.

—No... no creo...

—¿Crees que tu madre se merece el mal rato que le has hecho pasar?

—Mi madre... mi madre... ya no soy un niño —refunfuñó.

—¿Quién te crees que cuida de Lizzy mientras yo trabajo? —le preguntó Cameron—. Mi madre. Si quieres demostrarle a la tuya que no eres un niño no te comportes como tal. Si quieres

que confíe en ti, tendrá que ver que puede hacerlo. Supongo que tus padres te habrán dado valores, Doug. Eres valiente siendo congruente con ellos, no dejándote llevar por lo que otros te digan.

—No tengo padre —le confesó manteniéndole la mirada—. Dejé a mi madre cuando le dijo que estaba embarazada. Quizá me parezca a él.

Cameron lo miró serio. No le extrañaba que Nora fuera tan protectora con su hijo y que no se diera cuenta de que este hubiera crecido. Su propia madre aún le preparaba el desayuno todas las mañanas por más que le dijera que solo iba a tomar un café.

—¿Y con eso te conformas? ¿Con comportarte como un gilipollas que deja ir lo mejor que va a pasarle en la vida?

Doug lo miró con las lágrimas al borde de los ojos.

—Tu padre no supo ser un hombre para tu madre ni un padre para ti, Doug. Supongo que realmente os hizo un favor, así que, por tu bien, no sigas sus pasos.

Doug se secó las lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas, con el dorso de su mano.

—¿Y tú por qué tienes una hija? ¿Tampoco fuiste hombre para su madre?

—Lo mío fue otra historia —le dijo sincero—. Ya te la contaré otro día.

Doug asintió abatido.

—No quiero entrar en casa —le confesó—. Es más fácil discutir con mi madre cuando está enfadada...

Cameron asintió.

—Es probable, pero has de pagar las consecuencias de lo que has hecho.

—Prefiero trabajar en el taller de coches.

—Pero tu madre se merece una disculpa.

—No le he hecho nada.

—¿A ella? No. Realmente te lo has hecho a ti mismo. Pero ella te quiere y no puede evitar preocuparse por ti. Espero que te hayas dado cuenta.

Con un suspiro y mirando al suelo, Doug se despidió de Cameron y entró dentro de su casa. No tenía claro cómo disculparse ante ella.

Cameron lo vio entrar y miró a la pequeña que dormía en sus brazos, confiada. Supuso que ella también le daría problemas algún día... y no sabía cómo los afrontaría cuando, con solo mirarla, sentía que el mundo se paraba. Esperaba que tardara mucho en crecer...

Empezó a caminar. Quería volver a su casa para que Lizzy pudiera estirarse más cómoda y que siguiera durmiendo hasta la hora de comer. Echó un último vistazo hacia atrás pensando en lo que le había dicho Doug con respecto a su padre. No comprendía cómo se podía ser tan irresponsable en la vida. Un hijo era cosa de dos, pero en ese caso era esa bonita mujer rubia la que había sacado adelante a la familia que habían formado. Dedujo que no le faltaba coraje y determinación y eso era digno de admirar, aunque ese día la hubiera visto afectada. No se podía ser fuerte a todas horas, la justificó mientras se alejaba.



Por la tarde, Nora decidió salir a pasear junto al lago. Shelby le había dicho lo mucho que eso tranquilizaba y tenía ganas de estar sola, de pensar, de serenarse, incluso de salir de casa y del

caos que había en ella con las obras, Doug encerrado en el piso de arriba, y tantas cajas apiladas por el salón.

Empezó a andar siguiendo el sendero trazado. El sitio era realmente bonito e inspiraba calma. Parecía un remanso de paz pese a que se veían niños jugando y corriendo, parejas cariñosas y familias enteras con perro incluido.

Se sentó en uno de los bancos de madera que había y miró hacia el agua. Quería empaparse de toda esa serenidad. Estaba satisfecha por el traslado a Edentown, pero parecía que no había dejado atrás los problemas de Doug, sino que se los había llevado con ella.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando vio acercarse a Cameron con Lizzy. Ella iba con un bonito vestido de florecitas rojas, a juego con los lazos de su cabello. Estaba tirando de una cuerda con una tortuga de juguete, con ruedas en lugar de patas, sujeta al otro extremo.

Cameron la había visto sentarse y aunque no sabía muy bien qué hablar con ella, fue hacia donde estaba. Comprendía el sentimiento de soledad o impotencia que podía estar sintiendo.

Nora les sonrió cuando estuvieron a su altura.

—Supongo que tengo que darte las gracias por lo de esta mañana.

—No es obligatorio —le contestó con una sonrisa atractiva mientras Lizzy la abrazaba parlotteando risueña.

—Aun así, gracias —le dijo mientras le daba a Lizzy una pequeña margarita blanca que había en el suelo junto a ella—. Me ha pillado por sorpresa y creo que me ha desbordado un poco.

—A veces, esas cosas pasan —le comentó. Sobre todo, cuando llevas mucho tiempo con peso a las espaldas, pensó.

—No sé qué hacer con Doug —le confesó con una sonrisa triste mientras Lizzy entre parloteos y sonrisas le enseñaba su tortuga.

—Quizá deberías confiar un poco más en él.

Nora lo miró con los ojos entrecerrados. Qué fácil era hablar desde fuera, refunfuñó en su interior.

—¿Más? ¿Has visto lo que ha hecho? La confianza se gana.

Cameron se encogió de hombros. No dejaba de ser su vida y él no era quién para darle consejos ni opinar. Sin embargo, él todavía recordaba su época en el instituto... lo cómodo que se sentía con sus amigos y lo incomprendido que se sentía por sus padres. Supuso que a Doug le pasaba algo similar.

Sin embargo, todo eso había quedado muy atrás. Peter y Dexter seguían siendo sus amigos incondicionales, y sus padres habían sido su mayor apoyo tras su separación. Quizá, como casi todo, era cuestión de tiempo que las cosas volvieran a su cauce.

—He leído en algún sitio que a los hijos hay que darles raíces y alas... Doug tiene ya las raíces, Nora, tiene que empezar a volar...

—Ya me lo dirás cuando le toque a Lizzy.

Cameron asintió con una media sonrisa. Temía que llegara ese momento desde que la había sostenido en sus brazos la primera vez.

—No digo que sea fácil.

Nora sonrió a Lizzy con ternura mientras le sujetaba las pequeñas florecillas que ella le daba.

—Crecen tan rápido... llega el día en el que te das cuenta de que ellos son tu vida, y ya no te necesitan... es un sentimiento extraño.

Cameron la observaba. Era vulnerable en ese momento. Le hubiera gustado sentarse a su lado, cogerle la mano, decirle que era joven, que además de una madre, era una mujer preciosa...

Lizzy se lo puso fácil y se sentó a su lado mientras seguía parlotando, enseñándole en ese momento su vestido y sus lazos de pelo. Cameron se sentó al otro lado de Lizzy y la acompañó en silencio los minutos que Lizzy quiso compartir con ella, antes de continuar su paseo.



El lunes por la mañana, Nora caminaba de lado a lado del salón esperando a Cameron. Doug había salido de casa hacia el instituto hacía menos de cinco minutos.

—¿Qué le dijiste a Doug el domingo?

Cameron parpadeó sorprendido por el recibimiento. No le había hecho falta llamar a la puerta, cuanto ella se la había abierto.

Llevaba el cabello recogido en una cómoda coleta y vestía con una camiseta sin mangas y otros pantalones cortos. Para qué querría un vestidor grande con ropa con tan poca tela, se preguntó confundido. Se fijó en que parecía furiosa a juzgar por su tono de voz.

—¿Cómo?

—¿Qué le dijiste a Doug el domingo?

Cameron se encogió de hombros.

—Ya no me acuerdo.

—¿No te acuerdas? ¿Te recuerdo que es mi hijo?

Cameron resopló visiblemente molesto.

—No hace falta... —miró a su alrededor fastidiado. No serviría de nada hablar con ella en ese momento—. Si estás enfadada ¿Por qué no lo pagas con otro? ¿O te pones a recoger todo este desorden? Dicen que limpiar relaja.

—Ah, vaya, sí, me encantaría recoger todo lo que hay en las cajas, pero eres tú quien me ha dicho que no puedo utilizar la planta de arriba.

—Haberte ido a un hotel mientras duraban las obras —le reclamó molesto—. Te dije dos meses. Apenas llevo dos semanas y continuamente me estás interrumpiendo, cuando no con tus compras online, con la música a todo volumen o contigo impidiendo que me ponga a trabajar, como ahora mismo.

Le dio la espalda con intención de subir por las escaleras.

—¿Y ahora te vas? ¿Y así me dejas?

Cameron contó hasta diez antes de girarse. Lo que más le apetecía era callarla con un beso, desnudarla y dejarla saciada, relajada y en silencio, por una vez.

Se giró serio. Le mantuvo la mirada. Estaba preciosa, pensó, y eso era muy peligroso.

—Sí, Nora —le susurró—. Así te dejo. Porque no sé qué pretendes que te diga.

Nora sintió un escalofrío ante su voz ronca y su mirada penetrante. Nada quería más que la cogiera entre sus brazos y la besara allí mismo. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Demasiado. Eran adultos. Sentía que había algo entre ellos, que la atracción parecía ser mutua ¿Qué podía pasar? Solo una vez. Solo un encuentro. ¿Por qué no?

Se acercó a él decidida. Se puso de puntillas y le besó los labios colgándose de su cuello dando rienda suelta a toda la pasión que contenía.

Cameron se sobresaltó inicialmente, pero sus ganas de ella eran mayores que cualquier tipo de justificación. La cogió entre sus brazos, la besó con hambre, insaciable. La sentó sobre una de las cajas que aún no había sido abierta. Ella había empezado a desabrocharle la camisa que

llevaba con movimientos torpes. Él la ayudó mientras le sacaba por la cabeza la camiseta y volvía a devorarle la boca.

Nora no podía respirar. No recordaba un momento de tanta pasión y calor en su vida. Ella también tenía ganas de él, y tenía mucha prisa. Lo quería dentro. Lo quería ya. Le desabrochó el pantalón sin ningún pudor. Cameron se dejó llevar. Le quitó los pantalones y la ropa interior con su ayuda. Apenas pudo echar mano a su cartera sin dejar de besarla y sacar un preservativo.

Fue salvaje, apasionado, devastador, y ninguno de los dos hubiera querido que terminara.

Tardaron en restablecer su respiración, abrazados, con los corazones latiendo al mismo ritmo. Les costaba separarse. Se miraron a los ojos. Cameron esperaba una explicación. Jamás se hubiera imaginado semejante recibimiento. Estaba exhausto y ella parecía más que satisfecha.

—Eh... gracias...

—¿Gracias? —le repitió él mientras ella lo apartaba para recuperar su ropa y volver a vestirse.

—Yo... supongo que hacía mucho que no... que no...

Cameron la miraba sorprendido abrochándose el pantalón vaquero.

—¿Me has utilizado?

—No exageres —le dijo ella despreocupada—. Los dos teníamos ganas.

Cameron la miró sin palabras. Sería estúpido no tener ganas de acostarse con ella, pero sentir que se había aprovechado de esa necesidad le había traído muy malos recuerdos.

¿Cómo podía haber caído en ello? ¿Qué esperaba? Le parecía perfecto un encuentro sexual inesperado con Nora, pero no le gustaba la sensación que se había apoderado de él tras el encuentro. En silencio cogió la camisa que estaba en el suelo y se la puso mientras subía las escaleras.

Nora lo vio subir extrañada. ¿Qué le había pasado? Parecía que los dos habían disfrutado. Era la primera vez que ella se comportaba de esa manera y no se arrepentía de ello ¿Cuánto hacía que no se sentía atraída por un hombre? ¿Cuánto hacía que no se sentía como una adolescente cuando él la miraba, cuando él se le acercaba, cuando sabía que estaba a punto de entrar por la puerta de casa para empezar a trabajar? Suspiró satisfecha, relajada y llena de vitalidad.

Se sentó en su colchón, frente a su ordenador y puso la banda sonora en la que había basado su novela en su acostumbrado volumen considerablemente alto. Se sentía realmente inspirada y bastante mejor que en mucho tiempo. Las palabras fluían y se metió de lleno en la historia donde su protagonista por fin conseguía que el atractivo constructor la hiciera suya en una larga y satisfactoria escena erótica.

Cuando Cameron, todavía malhumorado, salió de casa horas después, sin dirigirle la palabra, Nora seguía escribiendo, inmersa en su novela.



Al día siguiente por la mañana, Nora había quedado con Shelby en la cafetería de Carolyn. Las dos amigas se habían acostumbrado con mucha rapidez a la posibilidad de verse físicamente en cualquier momento.

—¿Llevas mejor lo de Doug? —le preguntó Shelby sentándose frente a ella mientras le tendía el té que había pedido.

Nora se encogió de hombros.

—Ayer estuvo hasta tarde en el taller de... Dexter —recordó su nombre—. Llegó cansado a casa. Apenas me contó nada y después de cenar se encerró en su habitación. Espero que tú tengas más suerte con Scott.

—Bueno, Doug solo está pasando una mala época.

—Eso quiero pensar... A ver cuándo acaba... Parece que se lleva bien con Cameron.

—Es fácil llevarse bien con Cameron.

Nora se sonrojó y miró a su amiga con media sonrisa.

—Me he acostado con él.

—¿Con Cameron?

—¿Con quién si no? —le preguntó divertida.

—Pero... ¿Te gusta? A ver, es muy guapo y siempre ha sido muy atractivo, pero es tan reservado... y después de lo de su divorcio... No me habías dicho nada.... ¿Cómo fue?

—Mejor de lo que esperaba —le sonrió—. Llevaba tanto tiempo...

Shelby miró extrañada a su amiga.

—¿Estamos hablando de amor o de sexo? Nora... nunca te has acostado con nadie sin estar enamorada... y Cameron... nunca ha sido muy mujeriego que yo sepa.

Nora se sonrojó.

—Fue un momento de... yo estaba muy ... él estaba ahí...

—¿Cameron se dejó llevar?

—Te aseguro que participó —sonrió—. Somos adultos. No es que yo le obligara, pero uno de los dos tenía que dar el primer paso.

Shelby parpadeó confundida.

—Me estás diciendo que tú tenías ganas de acostarte con él, y lo hiciste así sin más...

—Lo hicimos los dos...

—No lo discuto.... Pero no sé...

—No quiero una relación —se defendió Nora frunciendo el ceño—. No la necesito.

Shelby se echó hacia atrás en la silla.

—Nora... estás teniendo muchos cambios en tu vida, la situación con Doug, la mudanza, la presión por la entrega del manuscrito... ¿y te acuestas con un hombre al que apenas conoces? No es propio de ti.

Nora se encogió de hombros.

—Estoy cansada —le reconoció—. De llevar todo el peso sola, de luchar con todo, de no poder relajarme ni un momento...

—¿Y dónde entra Cameron? Porque pretendes hacerme creer que fue un encuentro casual y, por mucho que intentes convencerme, no te lo crees ni tú.

Nora se encogió de hombros.

—¿Lo has visto con su hija? Es tan cariñoso... incluso habla con Doug de cosas con las que yo no acierto...

Shelby sonrió a su amiga.

—Te estás enamorando —le dijo con los ojos brillantes—. Tanto hablar de amor en tus novelas y ¿no te has dado cuenta de que te enamorabas?

Nora hizo una mueca.

—Prefería pensar que fue un encuentro rápido entre dos personas jóvenes y sanas.

Shelby le miraba con cariño.

—Puedes pensar lo que quieras, pero ¿desde cuándo huyes de lo que sientes?

—Hacía tanto que no sentía...

—¿Se lo has dicho a Cameron?

—No, claro que no. No creo que quiera nada serio. ¿Desde cuándo un hombre prefiere una relación antes que unos encuentros sexuales sin compromiso?

—Supongo que te sorprenderías si hicieras esa pregunta a más de uno... De todas maneras, me alegro por ti... Es solo que si tu corazón está en medio deberías andar con cuidado. Por ti y por Cameron.

Nora se encogió de hombros.

—Fue solo un encuentro.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿A quién tratas de convencer? ¿A ti o a mí?

Nora sonrió ruborizada. Shelby la conocía demasiado bien. No sabía en qué momento había ocurrido, pero lo cierto era que estaba deseando ver a Cameron a todas horas, e incluso repetir lo que le había hecho disfrutar tanto.

Poco después salió de la cafetería de Carolyn con dos cupcakes de chocolate y caramelo. Podría invitar a Cameron a tomar un café... y quizá algo más... Se había sentido tan pletórica después del encuentro del día anterior, tan satisfecha, tan inspirada, había escrito tanto... incluso no había discutido con Doug pese a que él apenas le había querido contar nada sobre lo que hacía en el taller mecánico de Dexter.

Llena de confianza y energía volvió a casa esperando encontrarse con Cameron.



Cameron vio a Nora entrar por la puerta. Llevaba uno de los vestidos cortos que ya le había visto con anterioridad. Él acababa de recoger otro paquete de los que solía pedir online. Ya no estaba tan furioso como otras veces por la interrupción y supuso que se debía a que ya se había acostumbrado a ellas, o, sencillamente, se estaba acostumbrando a Nora.

Estaba tan bonita entrando por la puerta como si nada entre los dos hubiera pasado. Él no había podido dejar de pensar en ello en ningún momento, y solo con los recuerdos era capaz de excitarse de nuevo. Pero no le gustaba la sensación de estar en manos de ella.

Supuso que lo mejor era volver a mantener las distancias entre ambos. Puso los brazos en jarras.

—Te han traído otro paquete.

Nora dejó sobre una de las cajas la bolsa con los *cupcakes*. Los ojos le brillaron en cuanto vio a Cameron. Así quería verlo. Con el cinturón de herramientas sobre los vaqueros, impaciente, atractivo... Aunque en su imaginación le sobraba la camisa remangada que llevaba puesta.

Ambos se mantuvieron la mirada en silencio. Excitados, cómplices... Compartían el mismo pensamiento. ¿Por qué no hacerlo de nuevo?

Nora fue hacia él. Cameron no se movió. Quería estar seguro de sus intenciones, aunque por la expresión de su cara, era bastante evidentes.

La cogió por la cintura en cuanto ella le pasó los brazos por el cuello y sus labios buscaron su boca. Se besaron con hambre, con pasión, con deseo, con ganas de mucho más.

Cameron, sin soltarla y sin dejar de besarla, la fue llevando hasta el rincón donde estaba el colchón. Esa vez no iba a ser un encuentro rápido sobre una caja. Esa vez iban a disfrutar mucho más, sin prisa, con calma... aunque pareciera que ese plan no estuviera presente en la necesidad

que ambos tenían de desnudar al otro.

Antes de tumbarse sobre el colchón, Cameron había dejado caer su cinturón de herramientas, se había descalzado y la había ayudado a desabrocharle la camisa.

Nora se sentó a horcajadas sobre él facilitándole las caricias mientras se quitaba el vestido. Cameron rodó en el colchón colocándola bajo su peso. La miró a los ojos. Estaba preciosa, despeinada, anhelante... lo quería todo. Él también. Volvió a besarla mientras buscaba la protección en la cartera que tenía en el bolsillo trasero de su pantalón.

Se había propuesto no tener prisa y le estaba costando mantenerse en esa idea. Las manos de Nora recorrían su espalda abrazándolo con fuerza. Cameron no pudo esperar mucho más... volaron, jadearon, vibraron, se entregaron... mutuamente... y fueron uno.

Nora lo miró poco después mientras trataba de que su corazón se relajara tanto como lo estaba ella. Cameron la miró a su vez, intentando adivinar qué pensaba.

—¿Qué quieres de mí? —le susurró rindiéndose a lo que sabía que empezaba a sentir por ella.

Nora sonrió en silencio. ¿Qué podía decirle? Que le gustaba mirarlo, que le gustaba su sonrisa, su mirada, sus manos, su cuerpo... que incluso le gustaba cuando se enfadaba por alguna interrupción... que le gustaba cuando hablaba con Doug, o cuando miraba a su hija con esa devoción con la que la miraba... Suspiró dejando de mirarlo y fijando su mirada en el techo del salón.

¿A quién trataba de engañar? Shelby tenía razón. No solo le gustaba. Se había enamorado de él, pero ¿cuántas veces le había ido bien en sus relaciones? Aunque tampoco había habido muchas desde que había sido madre... No estaba segura de si quería volver a arriesgarse. No cuando el corazón estaba en juego... porque notaba que sí... estaba en juego, latiendo con fuerza, recordándole que estaba viva, invitándola a soñar con el amor y la confianza que compartía en sus novelas.

—Bueno... creo que es evidente... —fingió despreocupada.

Cameron parpadeó confundido. ¿Sexo? ¿Solo quería sexo? No parecía su estilo. No parecía que... ¿En qué había estado pensando él? ¿Qué esperaba? ¿Por qué no había dejado de pensar en los momentos compartidos con ella? En la comisaría, en el lago, con Lizzy... Él no quería eso. Quizá en otro momento de su vida no le hubiera importado, pero en ese momento, no. Quería más. Lo quería todo.

—No me gusta que me utilicen.

—No te utilizo, no pretendo hacerlo. Es solo un buen momento entre dos personas.

¿Solo eso?, pensó Cameron molesto.

—No es mi estilo —le dijo serio levantándose.

Se abrochó los vaqueros, cogió la ropa y el cinturón de herramientas y la dejó entre las sábanas sin mirarla.

Nora lo miraba extrañada. ¿No era su estilo? ¿Qué quería? ¿Una relación seria? Acababan de conocerse. Ella tenía un adolescente con problemas, una casa por arreglar... muchas cosas por reorganizar... No era el momento de comenzar nada, se convenció a sí misma. Quizá cuando Doug estuviera más tratable, cuando la obra estuviera acabada, su manuscrito entregado, cuando todo fuera mucho más tranquilo...

Suspiró relajada. Quizá no fuera el estilo de Cameron un encuentro rápido con ella, pero no se le daba nada mal, pensó estirándose perezosa en el colchón.



Una semana más tarde, Doug bajó con una sonrisa a mitad de tarde y miró a su madre orgulloso.

Nora levantó la vista del ordenador y bajó la música de Bryan Adams que había escogido como banda sonora para esa tarde y para ambientar esos capítulos de su novela.

—Mañana pintaremos mi habitación y el pasillo y habremos terminado.

—¿Con la planta de arriba? ¿De verdad? Dejó el ordenador a un lado.

—Sí, Cameron está terminando de recoger...

Nora sonrió sintiendo el orgullo de su hijo.

—Pues gracias por todo lo que has hecho.

Doug se apoyó en una de las cajas.

—No sabía que me iba a gustar tanto trabajar con las manos.

Los sentidos de Nora se pusieron en alerta.

—Creí que no te había gustado trabajar en el taller mecánico...

—Y no me gustó... Pero lo que hace Cameron es diferente. Ha quedado muy bien todo, parece una casa nueva. Estoy deseando empezar por la cocina. No la vas a reconocer.

—A ver, Doug, esto es solo un pasatiempo —le recordó preocupada—. Tienes que centrarte en tus estudios e ir a la universidad. No puedes conformarte con poner unas maderas en el suelo y si no estudias puedes acabar haciendo solo eso, cambiando tablas o arreglando coches en un taller.

Doug resopló molesto.

—¡Qué pesada con los estudios! Creí que te bastaba con que aprobara. ¿Y si no quiero estudiar? ¡Tú tampoco acabaste la universidad!

—Por eso sé de lo que te hablo.

—Pues no te ha ido tan mal.

—Pero tendrás más posibilidades si estudias. Si no lo haces puedes acabar como...

—¿Y qué tendría de malo? —preguntó enfadado alejándose de ella subiendo por las escaleras para encerrarse en su habitación con un portazo.

Cameron la miraba molesto desde la base de las escaleras por las que había subido Doug. Recordó la primera impresión que había tenido de ella en cuanto la había visto, otra niña mimada de la ciudad. ¿Quién se creía que era para juzgar a los demás por aquello a lo que se dedicaban?

Nora reparó en él con el ceño fruncido ¿Habría escuchado algo? Una madre quería lo mejor para su hijo, se justificó.

—Para acostarme contigo soy bueno, pero como ejemplo para tu hijo ¿no? —le preguntó dolido—. Me parece muy bien que quieras que tu hijo estudie en la universidad, pero no a costa de echar por tierra a otros. Dexter estaba en la universidad y lo dejó todo cuando su padre enfermó. Se ocupó del taller, y con el tiempo compró la gasolinera. Se gana muy bien la vida y es una persona excepcional. Yo tengo estudios universitarios. Me gradué con honores en Administración y dirección de empresas, pero me gusta trabajar con las manos. Tuve mi propia empresa, me la quitó mi exmujer, licenciada en derecho penal, para dársela a su hermano, licenciado en economía, y acabó por hundirla. Así que si te crees que una persona vale más por tener estudios universitarios estás muy equivocada.

Nora le miró avergonzada.

—No pretendía molestarte... —se disculpó sincera—. Como madre quiero que mi hijo...

—Lo que tú quieres, quizá no sea lo que quiere él.

—Pero le daré la oportunidad para que lo decida por él mismo —le explicó convencida—. Quiero que vaya a la universidad, y que pueda elegir.

Cameron negó con la cabeza.

—Pero no deberías enseñarle a que valore a las personas por la formación académica que tienen o tú misma juzgar a los que crees que no la tienen.

—No quería decir eso —se disculpó incómoda—. A ti también te pasará cuando Lizzy sea más mayor. Querrás que estudie, que tenga todas las oportunidades posibles...

—Probablemente —se encogió de hombros—. Pero si quiere ser peluquera como Lacey, o tener su propia inmobiliaria como Megan, me parecerá perfecto. Lo cierto es que no sé si tienen estudios universitarios o no, pero las veo felices con lo que hacen. Yo también lo soy. Esas son las oportunidades que quiero que tenga Lizzy. Las que le hagan feliz.

Nora cruzó los brazos altiva.

—Yo también quiero que Doug sea feliz —le dijo seria—, pero si estudia quizá tenga más oportunidades de serlo.

—¿Por eso tú estás tan amargada? ¿Por no haber estudiado en la universidad?

Nora se sonrojó.

—No estoy amargada.

—Sí que lo estás —le acusó Cameron—. No confías en nadie, ni siquiera en Doug. No sé qué vida habrás llevado hasta ahora, Nora, pero no puedes pretender tener una vida diferente aquí si te traes todos tus prejuicios contigo. Las cosas no siempre saldrán como tú quieres, pero has de confiar...

—¿Te recuerdo que tú confiaste en tu exmujer?

Cameron la miró con los ojos entrecerrados por el golpe recibido.

—Sí, y quizá me equivoqué, como otras tantas veces en mi vida, pero me dio lo mejor que tengo y, si el pago por confiar en ella fue mi hija, te aseguro que no me importa. A mí, por lo menos.

Se fue de casa cerrando la puerta tras él. La dejó sola en el salón, confundida, enfadada, insegura...

¿Qué le había querido decir? ¿Qué no se sentía orgullosa de Doug? ¿Qué no agradecía su existencia? Por supuesto que lo hacía. Doug había sido su vida desde que lo había concebido... quizá estaba demasiado nerviosa con respecto a sus problemas en el instituto, pero era una madre, volvió a justificarse.

Qué fácil era hablar desde fuera, pensó enfadada. Se sentó frente al ordenador...

Pero había algo más que le molestaba, aunque no sabía qué era... Quizá que había vuelto a tomar conciencia de que era una mujer, había vuelto a desear a un hombre, a desear estar entre sus brazos, a querer sentirse segura a su lado...

Las lágrimas se agolparon a sus ojos. Quizá le costaba reconocer que se había enamorado de Cameron por miedo a que le rompiera el corazón, a que le hiciera daño al entrar en esa parcela que no había vuelto a abrir desde hacía tantísimo tiempo...



El jueves por la noche, Nora estrenó uno de los vestidos que se había comprado para la nueva vida que estaba dispuesta a llevar. Ya se había acostumbrado a salir más de casa y pese a que pasaba muchas horas escribiendo, disfrutaba de los paseos y del contacto con la naturaleza.

La exposición mostraba parte de la fotografía artística del conocido fotógrafo internacional, Grant Correll, por lo que Nora leyó en el folleto explicativo que cogió al entrar. Parecía ser amigo de Bronwyn Evans.

Echó un vistazo rápido a la sala. Cada vez reconocía a más personas que la saludaban cuando sus miradas se cruzaban.

Vio a Shelby que estaba tomando notas mientras hablaba con un hombre bastante atractivo. Nora miró el folleto y volvió a mirar al interlocutor de Shelby asintiendo. Realmente el fotógrafo era más guapo al natural y eso que en la foto tampoco salía nada mal. De pelo castaño, ojos verdes, un poco de barba...

—Qué guapa estás, Nora —le dijo el dueño de la ferretería acercándose por detrás.

Nora se sobresaltó, pero se giró con una sonrisa.

—Hola, Chris... qué animado está hoy, ¿verdad?

Cameron llevaba observando a Nora desde que había entrado por la puerta. No era lo mismo verla cada día en su casa, donde trabajaba, como verla en esa situación en la que podían considerarse gente joven buscando relacionarse con otra gente joven.

Había visto que Chris se le había acercado, que Jane Muldoon también había estado hablando con ella bajo la atenta mirada de su, al parecer, nuevo compañero. Chris tampoco se había separado cuando Gwen Anderson y Janice Templeton, se habían unido a la conversación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Dexter acercándose a él con una cerveza fría en la mano.

Cameron lo miró sin comprender.

—Parece que quieres matar a alguien —miró hacia donde miraba su amigo.

—Gwen está con Hudson, Janice nunca te ha llamado la atención, Chris es idiota desde siempre... ¿tienes algo con la rubia?

—No digas tonterías —le respondió con una mueca—, y se llama Nora.

Dexter sonrió de oreja a oreja. Sabía perfectamente quién era, y sabía de los problemas que tenía con su hijo por lo que había notado mientras Doug había estado ayudándole en su taller. Admiraba a esa mujer por haberlo sacado adelante pese a estar sola en la vida.

—Y, Nora —enfaticó su nombre intencionadamente—, ¿ya conoce a Lizzy?

Cameron miró a su amigo con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir?

Dexter le dio un amistoso golpe en la espalda.

—Que me alegro de que hayas dejado lo de Page atrás. Ahora te toca a ti. Peter encontró a Isabella, yo me casaré con Bronwyn en unos meses... es tu turno...

Cameron le hizo una mueca burlón. Vio que en ese momento Nora se quedaba sola y dejando a Dexter casi con la palabra en la boca, fue hacia ella.

—¿Qué ocurre? ¿Que ahora también tienes ganas de pasar un buen rato y quieres acostarte con Chris? ¿De verdad?

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas? Pero si así fuera, ¿A ti qué te importa? Me quedó claro que no quieres nada conmigo.

Nora lo miró sorprendida. ¿A qué venía eso? Solo le faltaba que a esas alturas de su vida alguien juzgara su comportamiento. ¿Qué había hecho? ¿Hablar con un hombre de su edad? También había hablado con Gwen y Janice, pensó molesta. Chris no le atraía en absoluto. Solo

habían hablado del grifo que había comprado para la cocina. ¿Quién pensaba en acostarse con nadie? ¿Cameron? ¿Acaso estaba celoso?

Estaba cansada. Decidió que la noche para ella había acabado. Salió de la sala de exposiciones sin despedirse de Shelby que, en ese momento, estaba tomando fotografías de los asistentes a la exposición.

Cameron la vio girarse sin darle ninguna explicación y salir por la puerta. Tenía razón. ¿Por qué le importaba tanto? Resopló molesto.

¿A quién quería engañar? Nora lo estaba volviendo loco. La siguió hasta la calle. La noche de principios de mayo era cálida. La alcanzó, la cogió del brazo. Nora se giró sorprendida. Fueron conscientes de la oscuridad de la noche, de la intimidad que les ofrecía, de la atracción que sentían el uno por el otro.

Cameron la abrazó acercándola a él. La besó seductor, exigente, apasionado. Nora participó en el beso con el mismo deseo.

—Doug pasará la noche en casa de Shelby y Dave —susurró.

Cameron la miró visiblemente excitado y asintió cogiéndola de la mano y entrelazando sus dedos. En ese momento los dos querían estar juntos. No era un momento de lujuria en horas de trabajo... Quizá Dexter tuviera razón y ya le tocaba a él ser feliz con una mujer a su lado, pensó.



A la mañana siguiente, Nora se despertó muy cariñosa. Cameron estaba a su lado acariciándole la suave piel de la espalda. La besó en el hombro y le sonrió divertido.

—Te recuerdo que tengo que trabajar.

—Lo sé —le respondió perezosa—. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien...

—Lo tomaré como un cumplido —se levantó y se puso los pantalones vaqueros.

—Lo es —le sonrió Nora estirándose en el colchón.

—Necesito un café —comentó Cameron recorriendo su cuerpo con la mirada.

—Prepárame a mí otro —le sonrió poniéndose la camisa de él por encima de su cuerpo desnudo—. Podríamos estrenar la ducha del piso de arriba.

Cameron le sonrió agachándose a su altura. La cogió por la nuca y la besó en los labios.

—¡Mamá! me he dejado el libro de...

Doug se quedó parado al ver el beso entre ambos con tan poca ropa. Se sonrojó. La pareja se separó sobresaltada. Nora se puso en pie avergonzada.

—Doug, no te esperaba.

—Ya me he dado cuenta... —le respondió él evitando mirarla—. No hace falta que me digas nada.

Subió a su habitación con rapidez, cogió el libro que buscaba y bajó las escaleras. No volvió a mirarlos. Salió por la puerta apresuradamente.

Cameron y Nora se miraron incómodos.

—Te ayudaré a subir las cosas arriba —le dijo Cameron para romper el silencio que se había instalado entre ellos—. Hoy empezaré con la planta de abajo.

Nora asintió, abatida. No sabía cómo iba a explicarle a Doug lo que había pasado entre Cameron y ella. Nunca había estado en una situación parecida...

—Voy a preparar un café.

Cameron cogió el ordenador portátil de Nora para quitarlo de en medio y que no se rompiera entre tantas cajas. La pantalla se le abrió por donde ella la había dejado. Las líneas que leyó le hicieron sonrojarse. Movi6 el rat6n m6s arriba y ley6 dos o tres l6neas, lo movi6 m6s abajo, sigui6 leyendo.

Nora sali6 con dos tazas de caf6 reci6n hecho. Estaba deseando recibir los muebles que hab6a pedido por internet y empezar a decorar y organizar su casa como ella quer6a.

—¿Esto que es? —le pregunt6 Cameron se6alando la pantalla del ordenador.

Nora se encogi6 de hombros tendi6ndole una de las tazas.

—¿Est6s escribiendo lo que hacemos? Sobre una caja, en la encimera, en la cama... el cintur6n de herramientas ¿Est6s hablando de m6?

Nora se sonroj6.

—No —se defendi6.

—Pero c6mo que no, si acabo de leerlo —le acus6 Cameron indignado—. ¿Me est6s utilizando para ... para... ¿A qu6 juegas?

—No —le dijo Nora dejando las tazas sobre una de las cajas—. No es lo que parece.

Cameron la mir6 mientras ella le cog6a el ordenador de las manos y lo cerraba para dejarlo sobre una de las sillas que ya hab6a recibido.

—Tengo que entregar una novela a mi editor.

—¿Y me has metido a m6 en tu novela?

—No... bueno, o s6, inconscientemente... No te pongas as6. Nadie va a saber que eres t6... solo es un personaje... —no ten6a ganas de justificarse ante 6l. No cuando todav6a no hab6a pensado qu6 le dir6a a Doug sobre lo que hab6a visto.

—Me has utilizado —le acus6— ¿Esto que es? ¿Trabajo de campo? ¿Y si ma6ana escribes sobre un ferretero te vas a acostar con Chris?

—No te enfades —le pidi6 enfada—, y no exageres. Soy escritora, lo sab6as. Escribo historias rom6nticas...

—Pornogr6ficas.

—No. Er6ticas en momentos puntuales, pero no es para ponerse as6.

—¿Qu6 quieres que piense a partir de ahora? ¿Que cada vez que me acueste contigo vas a hacerlo p6blico?

—Por favor —resopl6—, saco la inspiraci6n de diferentes sitios. Nadie va a saber que eres t6... o que hablo de ti y si lo saben, te aseguro que te dejo muy bien parado.

—Oh, gracias —le respondi6 ir6nico—. Me voy... Dame la camisa.

—C6gela t6 —le tent6 Nora desafiante tratando de que 6l cambiara de idea.

Cameron se le acerc6 para desabrocharle los botones. Enfadado. Sin saber qu6 pensar. Sin saber qu6 hacer, c6mo reaccionar. Se la quit6. Nora dio un paso hacia 6l, desnuda como iba, buscando su calor, buscando su contacto. Cameron se vio tentado. Qu6 demonios, si iba a acabar que acabara bien, pens6. La bes6 furioso, excitado, exigente. Nora le pas6 los brazos alrededor de su cuello rindi6ndose ante 6l. 6l la cogi6 por la cadera apoy6ndola en la pared. Nora le rode6 la cintura con sus piernas. Mientras la besaba con rabia se baj6 el pantal6n. No ten6a ganas de pensar. No quer6a hacerlo. La hizo suya una vez m6s. Sabiendo, sintiendo, que, por mucho que le molestara, estaba enamorado de ella.

Cuando acab6, la dej6 en el suelo. Cog6 su camisa, se la puso por encima sin abrochar y sali6 de casa decidido a mandar a su padre a que continuara con la obra. No quer6a que nadie m6s lo utilizara.



Una hora después llamaron a la puerta de su casa y cuando Nora abrió, un hombre alto, canoso y bien parecido le sonrió. También llevaba unos vaqueros viejos, una camisa remangada y un cinturón de herramientas.

—¿Señora Ryder? Soy Max Lawrence, mi hijo me ha pedido que continúe con la obra, creo que queda solo la planta de abajo.

Nora le miró sonrojada mientras se hacía a un lado y le dejaba entrar. No podía creerse que Cameron hubiera reaccionado de esa manera. Huir no era una solución, pensó dolida. Las cosas se arreglan hablando, se repitió mentalmente varias veces, no dejándose de hablar.

—Me comentó que habría algunas cosas por subir... —comentó con amabilidad fijándose en el caos reinante entre las cajas y las cosas que Nora aún no había subido.

—Sí... Bueno... Estaba en ello... —disimuló incómoda—. Estoy viviendo en la casa...

—Nos apañaremos —le sonrió conciliador mientras cogía sin esfuerzo una caja y la subía por las escaleras.

Nora suspiró imitándole. Por lo menos, las obras acabarían pronto, se recordó...



Cameron estaba sentado en la furgoneta frente a la entrada del instituto. Esperaba a que sonara el timbre que anunciara la salida. No dejaba de dar vueltas a lo que había ocurrido y sentía que le debía una explicación a Doug por haberlo encontrado de ese modo junto a su madre. Si no hubiera mantenido una relación tan amistosa con él mientras le había estado ayudando con la obra, probablemente no le habría dicho nada, pero supuso que aun sin tocar el tema, algo debía decirle, sobre todo porque no iba a volver por su casa.

No esperaba ese golpe que sentía que había recibido. No esperaba que Nora aireara su relación de esa manera en un libro, y mucho menos esperaba que no se lo hubiera contado. Le parecía humillante y vergonzoso.

Había dejado de lado toda su desconfianza, sus dudas, sus rencores... Se había enamorado de ella, y ¿ahora? ¿Qué tenía? ¿Otra decepción más? Resopló abatido mientras los estudiantes empezaban a salir del instituto nada más sonar el timbre.

Distinguió a Doug entre todos ellos. Salía con su problemático amigo. Parecía que no había escarmentado lo suficiente, pero a esa edad, lo prohibido era lo que atraía, pensó. A esa edad y a todas, se recriminó, volviendo a pensar en Nora.

Doug se despidió de su compañero en cuanto lo vio, y se acercó a la furgoneta extrañado.

—¿Pasa algo? —le preguntó a través de la ventanilla.

Cameron le invitó a subir con un gesto de cabeza y Doug entró visiblemente incómodo.

—Doug... quería comentarte... lo de esta mañana...

—No hace falta que me digas nada —le pidió avergonzado mientras la furgoneta se ponía en marcha.

—Solo quería que supieras que respeto mucho a tu madre... —le dijo atento al tráfico—. Eh... ¿Qué tal las clases?

Doug prefirió hablar de las diferentes asignaturas de la mañana y se encargó de no dar la

oportunidad a Cameron de que le dijera nada más al respecto de lo que suponía que había ocurrido entre su madre y él.

Cameron agradeció su interminable y distraída charla. Eso hizo que el camino hasta casa fuera más cómodo para ambos. Lo dejó en la puerta y tras una breve despedida, y luchando contra sus ganas de mirar siquiera hacia la puerta por si veía a Nora, Cameron se alejó de allí.



Días después, a primera hora de la mañana, Cameron estaba cargando unas cajas de baldosas en su furgoneta, cuando vio a Doug acercándose cabizbajo.

—¿No deberías estar en el instituto? —le preguntó extrañado.

Doug se encogió de hombros.

—Una vez me dijiste que no dar la cara por tus principios es de cobardes. Mi madre está insoportable, nerviosa, llorosa y esta vez no soy yo el motivo. No he conocido a ninguna de las parejas de mi madre. Dudo que alguna vez haya tenido alguna desde que yo nací. Creo que tú tienes algo que ver porque ya no has vuelto a casa.

Cameron ahogó un suspiró. Él tampoco había podido dejar de pensar en ella. Guardó la caja, cerró la puerta de la camioneta y se apoyó en ella.

—Las relaciones entre adultos no son fáciles.

—¿Alguna relación lo es?

Cameron asintió.

—No tienes por qué preocuparte por tu madre. Ella es adulta.

—Tú también —le respondió mirándole a los ojos—. Creí que cuando crecías, todo era más fácil. A ella le gustas, a ti te gusta ella ¿no? ¿Qué os impide estar juntos? Mi madre siempre dice que las cosas se arreglan hablando. ¿Por qué no habláis? ¿O es que no queréis arreglar nada?

Cameron asintió incómodo. No era tan fácil. O quizá sí.

—¿Tu madre sabe que estás aquí?

—¿En horario de instituto? Ni hablar. No soy tonto.

—Sube, te llevo —le dijo dirigiéndose a la puerta de la camioneta— ¿Qué tal va la obra?

—Tu padre lo hace bastante bien.

—Me ha dicho que le ayudas —le confesó.

—Lo prefiero antes que quedarme a los entrenamientos de beisbol del instituto —le comentó—. Van a cambiar de entrenador en el próximo curso... Se rumorea que será Dan Sullivan, pero creo que aún no es oficial.

La conversación entre ambos hasta la puerta del instituto fue distendida y agradable. No volvieron a hablar del tema que había hecho que Doug se presentara ante su puerta, pero cuando se quedó solo, Cameron decidió acercarse hasta la casa de Nora. Quizá sí que debían hablar.

Cuando llegó, su padre estaba saliendo por la puerta y lo saludó con una sonrisa.

—No te esperaba por aquí —le comentó— ¿Ocurre algo?

—No —le respondió acercándose a él—. Solo quería ver cómo iba la obra. Simple curiosidad.

—Entra —le sugirió su padre—. Estamos pendientes de recibir los muebles de la cocina, y Bertie no ha mandado el grifo de la cocina. Voy ahora a buscarlo.

Cameron asintió sintiendo cierto nerviosismo en su interior. Quería ver a Nora, pero no sabía

si el sentimiento o la necesidad de volver a verse sería mutuo. Entró al amplio salón y sonrió. Estaba quedando como esperaba. Podía apreciarse toda la planta con un solo golpe de vista una vez tiradas las paredes. Era un espacio amplio y luminoso.

Nora no estaba por allí así que subió las escaleras esperando encontrarla en la planta de arriba. No estaba seguro de lo que iba a decirle, ni de cómo lo recibiría ella, pero necesitaba verla. Necesitaba volver a perderse en sus bonitos ojos, acariciar su melena ondulada...

Recorrió la planta superior. Había algunos muebles, algunas fotos... empezaba a parecer un hogar, pero no había rastro de Nora. La decepción fue mayor de lo que esperaba. Cabizbajo y frustrado salió de la casa y volvió a montar en su furgoneta. Tenía que centrarse en el trabajo, pensó molesto.



El jueves por la noche, Cameron fue decidido a la sala de exposiciones. Suponía que Nora estaría allí. Sería una buena oportunidad para fingir un encuentro casual.

Conforme entraba, la divisó. Preciosa, con un vestido corto de colores alegres y una copa de vino en la mano. Estaba hablando con varias personas. Parecía que se sentía cómoda, pese al poco tiempo que llevaba en Edentown. Le daba la impresión de que Chris Bertie la acompañaba e hizo una mueca de desagrado. Se pidió una cerveza y fue a hablar con Dexter. Ya le quedaba menos para su gran día.

Un rato después vio a Nora sola y se acercó decidido.

—No sé si me molesta más que estés con otro o que sea Chris —suspiró—. ¿De verdad? ¿Qué ves en él?

Nora lo miró extrañada. Su corazón había empezado a latir con fuerza nada más verlo entrar en la sala de exposiciones y había contenido el aliento conforme lo había visto acercarse a ella en ese momento.

—Te recuerdo que tú no quieres estar conmigo.

—No, yo no dije eso.

—Fue lo que interpreté cuando enviaste a tu padre a que terminara la obra.

Cameron miró al suelo avergonzado.

—No estoy acostumbrado a airear lo que hago o dejo de hacer.

—¿Aún sigues con eso? Soy escritora. Si mis protagonistas un día comen pizza, no significa que yo la haya comido. Si se acuestan con un constructor, un piloto o un electricista, no significa que yo lo acabe de hacer.

Cameron le mantuvo la mirada serio.

—Tengo una hija... tengo que pensar mucho las cosas... —improvisó sintiéndose ridículo.

—Si tanto riesgo te supone, no te preocupes. No me debes ninguna explicación, pero tampoco me la pidas —le dio la espalda para seguir su camino, pero se detuvo y se giró, manteniéndole la mirada—. Una vez me señalaste que no confiaba en Doug, y probablemente tuvieras razón, porque he empezado a confiar en él y la relación parece que está cambiando. Puede que incluso apruebe el curso. Quizá también es eso lo que te ocurre a ti. Que no confías. En mí, doy por hecho que no lo haces —sintió un nudo de lágrimas en la garganta—, pero en tu instinto parece que tampoco, porque lo que había entre los dos, parecía real... y creo que podría serlo.

Cameron la escuchaba en silencio. La veía emocionada, vulnerable... sincera... Metió las

manos en los bolsillos, luchando contra las ganas de acercarse a ella y acariciarle la mejilla.

—Quizá tienes razón y lo que me falta es confianza —reconoció en un susurro.

Nora asintió abatida. No podía hacer más. Creía haber dejado claro que ella estaba dispuesta a estar con él, a empezar una relación, a tener algo más serio.

—Es tu decisión —le respondió con frialdad.

Que en ese momento Cameron no reaccionara, le hizo sentir como si una pesada losa cayera sobre su corazón. Respiró profundamente varias veces para evitar que las lágrimas que amenazaban con salir lo hicieran. Enderezó la espalda y se dirigió hacia Shelby que hablaba animada con Jane y Janice mientras las dos le tocaban su casi inexistente barriga.

Sonrió orgullosa de su amiga. Desde que había hecho oficial su embarazo, no hacía más que recibir caricias destinadas a su bebé. La envidió por unos momentos. Dave era un gran hombre y estaba totalmente enamorado de ella. Juntos iban a formar una familia ideal. Envidiaba su suerte tanto como se alegraba por ella.

Shelby la miró preocupada mientras ella luchaba por mantener la sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando se quedaron a solas.

—Sí —le mintió—. Solo me he humillado ante Cameron diciéndole que lo amaba y me ha dicho que tenía que pensar en su hija.

—¿De verdad?

—Más o menos —frunció el ceño molesta.

Era más fácil estar enfadada que dolida, se recordó. Shelby miró a su antiguo compañero de instituto ¿Qué le pasaba? Nora era una mujer increíble.

—No esperaba eso de él —le comentó extrañada—. Sé que lo pasó mal con el divorcio y todo eso, pero ya ha pasado bastante desde entonces.

Nora se encogió de hombros dando un sorbo a su copa.

—¿Y esa quién es? —preguntó a Shelby parpadeando asombrada.

Una exuberante morena, con un ceñido vestido negro se había acercado a Cameron con una más que amable sonrisa.

—Andrea —le respondió Shelby—. Andrea Masterson...

—¿Soltera?

—Divorciada... —le comentó Shelby— ¿Por qué no nos acercamos a ver las obras de ese rincón?

Nora miró a su amiga y luego vio cómo la atractiva mujer apoyaba sus manos en los fuertes brazos de Cameron y le rozaba descaradamente con su pecho, sin que él hiciera ademán de retirarse.

Nora terminó el contenido de la copa de un trago.

—Creo que me voy —le dijo convencida—. Esto ya era lo que me faltaba por ver. ¿Te encuentras bien?

Shelby asintió.

—Si me esperas a que haga alguna foto más, me voy contigo.

—No —negó también con la cabeza—. Aprovecha y quédate. Cuando nazca el bebé se te acabará el salir por una temporada.

Shelby asintió notando como la tristeza de su amiga se había convertido en enfado. Esa emoción parecía más fácil de controlar. Se despidieron con cariño, y Nora salió de la sala de exposiciones sin mirar atrás.



Al día siguiente, Cameron llamó a la puerta de la casa de Nora antes de entrar. La noche anterior no la había visto irse de la exposición, y le extrañó bastante porque no había podido dejar de mirarla hasta que por fin hablaron, pero después de ese momento, parecía que hubiera desaparecido.

Más tarde o más temprano tendría que reconocer que esa mujer se le había metido en lo más profundo de su ser. Cuando la veía no podía dejar de mirarla y cuando no la veía, no podía dejar de pensar en ella. Y ella tampoco parecía estar mucho mejor. Esa situación quizá debería arreglarse, pero ¿qué solución había?

Nora bajó las escaleras refunfuñando. Apenas había podido dormir. Estaba enfadada, furiosa, con él por lo ocurrido la noche anterior, y con ella por no haber sido capaz de alejarlo de su mente.

Se quedó parada al verlo, antes de cruzar los brazos y plantarse firme y seria frente a él.

—¿De verdad crees que Andrea no pretende acostarse contigo?

Cameron la miró extrañado. No esperaba esa pregunta como recibimiento, ni mucho menos esa actitud y esa mirada fría y furiosa.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? No digas tonterías.

Miró alrededor para disimular y que él no pudiera leer en su mirada lo que sentía. La cocina ya tenía los nuevos muebles colocados y ese día esperaba que pudieran instalar los electrodomésticos que habían llegado la tarde anterior.

Cameron la observó. Parecía enfadada. Se sintió reconfortado en su interior y le sonrió vanidoso.

—Estás celosa.

Nora lo miró furiosa.

—¿Has venido a ver la obra? —prefería cambiar de tema—. Ya queda poco.

—La vi el otro día.

Nora lo miró extrañada.

—¿Cuándo?

—Vine una mañana y no estabas.

Nora lo miró sintiéndose reconfortada. ¿Había ido para verla? ¿Para hablar con ella? Se sintió un poco más confiada.

—A mí me da igual lo que hagas con Andrea, pero si tanto te preocupa Lizzy, ¿me explicas qué valores crees que va a enseñarle esa mujer?

Cameron frunció el ceño confundido.

—¿Qué tiene que ver Lizzy con los valores que pueda tener Andrea?

—Oh, por favor... Tú mismo me dijiste que tenías que pensar en tu hija —le respondió molesta—. Y, sí, es cierto. Cuando tienes hijos y te planteas comenzar una relación has de tener mucho cuidado con quién metes en casa.

Cameron la miró extrañado.

—A esa mujer le gustas tú, no tu hija ¿qué le va a enseñar? ¿A maquillarse? ¿A lucir escote? Tu hija aprenderá eso sola cuando crezca —resopló—. Te creía más inteligente.

—Además de estar celosa y no reconocerlo, ¿me acabas de llamar idiota?

—No.... Pero sí. Lo cierto es que quisiera hacerlo. ¿Es que no te das cuenta de lo que persigue Andrea? ¿O es que ella te inspira más confianza que yo?

—¿Crees que, porque ella quiera acostarse conmigo, yo voy a querer acostarme con ella?

Nora se sonrojó visiblemente. Podía tener su lógica, pensó avergonzada. Quizá había exagerado un poco... pero no había podido evitarlo. Se cruzó de brazos.

—Solo quería avisarte por si no te habías dado cuenta —se justificó—. Me quedó claro que no te gusta que se aprovechen de ti y está claro lo que Andrea busca.

—Si es consentido, nadie se aprovecha de nadie.

Nora lo miró con una mueca.

—¿Te acostaste con ella?

Cameron sonrió ante las expresiones de su bonita cara.

—Por supuesto que no. Solo quería que fuera a su casa a hacerle la reforma de la cocina.

Nora lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Y qué le has dicho?

—Me dedico a eso.

—¿Ves? ¿No te das cuenta? Vas a estar en su casa —le señaló su cuerpo de arriba abajo—, con el cinturón de herramientas. En verano, tendrás calor, te quitarás la camiseta, ella te ofrecerá limonada...

Cameron la escuchaba divertido.

—Te diría que lees muchas novelas, pero acabo de recordar que eres tú quien las escribe.

Nora se sonrojó. ¿Quería decirle que era una exagerada? No estaba exagerando.

—Nora, llevo años dedicándome a esto. En contra de lo que parece creer, las mujeres no sueñan con verme con un cinturón de herramientas.

—¿Están ciegas?

Cameron le sonrió presuntuoso y acercándose a ella.

—¿Estás segura de que no estás celosa?

Nora sintió que el corazón se le aceleraba conforme se acercaba, pero no quiso dar un paso atrás.

—No —le dijo casi en un susurro—. Solo te señalo lo evidente por si no te has dado cuenta. Tienes una hija. Tienes que pensar en ella. No puedes basar una relación en una atracción sexual. Tú mismo estás empeñado en señalar la importancia de la confianza, y por eso te estoy señalando lo que parece que tú no ves.

—Lizzy está muy bien y no creo que tenga edad para opinar sobre las mujeres con las que salgo, si es que saliera con alguna, y en cuanto a que confíes en mí para que me cuentes tus percepciones o las absurdas ideas que tienes al respecto de las necesidades sexuales de otras, supongo que, ¿te honra? ¿Qué pretendes, Nora?

—¿Yo? Yo no pretendo nada. Tengo las cosas muy claras. Eres tú el que no parece tener claro lo que quiere.

Cameron sonrió divertido.

—¿De verdad crees eso?

—Sí, por supuesto. No quieres saber nada de mí porque según tú no puedes confiar en mí, pero en Andrea ¿sí que puedes? ¿Me explicas por qué?

—Estás mezclando las cosas. Andrea es solo una cliente. La confianza se basa en que yo haga un buen trabajo y ella lo pague.

Nora frunció el ceño. Su capacidad imaginativa podía darle varios sentidos a esa frase. Se

resistía a suplicarle, a pedirle que cambiara las razones por las que no confiaba en ella.

Cameron la miraba en silencio ¿Qué estaba ocurriendo? Realmente parecía y podía sentir que Nora lo buscaba, que sentía algo serio por él. Su corazón dio un vuelco.

—Nora, ¿qué te hace pensar que puedo buscar en Andrea una pareja?

Nora se encogió de hombros.

—Eres joven, ella es muy guapa, tienes una hija... no pretenderás estar solo siempre, ¿verdad?

—Lo cierto es que hasta ahora no me había planteado lo contrario.

—¿Hasta ahora? ¿Hasta Andrea? —Nora frunció el ceño sorprendida.

Cameron hizo una mueca.

—Deja de hablar de Andrea. Estoy hablando de ti y de mí.

Nora parpadeó sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¿De verdad tengo que explicártelo? —dio un paso hacia ella.

Nora no se movió y asintió con la cabeza.

—Yo llevaba una vida muy tranquila hasta que tú apareciste. No había pensado en tener una relación con nadie, no la necesitaba, no la quería... estaba muy bien solo.

Nora enarcó las cejas.

—Sigues solo ¿no?

Cameron sonrió atractivo.

—Yo no considero que esté solo, si cada vez que cierro los ojos apareces tú.

Nora sintió que su corazón daba un brinco de ilusión. ¿Era cierto lo que le decía?

—¿De verdad?

—¿Y por qué iba a mentirte?

Nora se encogió de hombros.

—Pero me dijiste que no podías confiar en mí.

—No quería que me hicieras daño, ya pasé por eso una vez.

—Eso no significa que la historia se repita.

—Solo lo sabré si me arriesgo ¿no?

—O si confías...

Cameron asintió acercándose más a ella. La abrazó con cariño por la cintura.

—Desde el primer momento en que te vi supe que iba a enamorarme de ti, aunque me resistía a aceptarlo.

Nora le miró con una sonrisa radiante.

—No... te molestaban mis pedidos online y mi música alta...

Cameron le sonrió divertido.

—De alguna manera tenía que resistirme a tus manías

—No volveré a escribir sobre constructores musculosos y arrogantes... creo.

Cameron le rodeó la cintura.

—¿Seguirás escribiendo sobre el amor?

—Es lo que hago.

—Entonces tendré que arriesgarme a que cuentes a los cuatro vientos lo que siento por ti.

Los ojos de Nora brillaron a la par que su sonrisa. Su corazón saltaba en su pecho con la misma alegría.

—¿Me amas?

—¿Tú qué crees? —la besó con pasión, con determinación, con confianza.
Nora le respondió de la misma manera, rindiéndose a su abrazo, apoyándose en él.
Se miraron a los ojos, con una sonrisa.
—¿Te queda alguna duda?
Nora negó con la cabeza.
—¿Y a ti?
Cameron negó tirando de ella hacia la cocina con los dedos entrelazados.
—Venga, cuéntame por dónde se quedó mi padre... creo que la obra la terminaré yo.



El sábado por la mañana, Nora entró con Doug refunfuñando en la pastelería de Carolyn.
—¿Por qué me has hecho levantarme temprano para venir aquí? —gruñó molesto—. Podrías haber venido tú y llevarme después unas galletas.
—Temprano no son las once de la mañana —le recriminó con una sonrisa maternal—. Quería contarte algo.
—¿Aquí?
Se dirigieron a la mesa que ocupaba Cameron con la pequeña Lizzy y su perrito de peluche de grandes orejas. Él ya había pedido un café y se había levantado nada más verlos entrar.
Nora y Cameron se dieron un breve beso en los labios. Después Cameron le tendió la mano a Doug.
—Queríamos contarte algo.
Doug no pudo evitar sonreír, aceptando su saludo.
—Creo que no me hace falta ninguna explicación —les dijo sentándose al lado de la pequeña. La niña le sonrió confiada e inmediatamente le mostró su peluche empezando a parlotear con él.
—¿No te importa? —le preguntó insegura Nora—. No quería que te sintieras incómodo o que...
Doug miró a su madre ruborizado.
—Mamá, por favor... —se distrajo al ver que por la puerta entraba una jovencita muy guapa de cabello y grandes ojos oscuros.
Nora le siguió la mirada, parpadeando extrañada.
—Voy a pedirme un refresco —lo vio acercarse al mostrador en el que se había apoyado la adolescente.
—¿Vuelves a desconfiar? —le preguntó Cameron divertido.
—No, claro que no —le dijo seria sin dejar de mirar a Doug—, pero son unos niños.
—No tan niños —le respondió—. Es la hija de Carolyn. A veces ha cuidado a Lizzy.
—Creía que ya había solucionado los problemas de los estudios con Doug y ahora empieza con las chicas...
—¿Quieres hacer el favor de confiar en él? ¿No has hablado con él de estas cosas?
Nora se sonrojó.
—Lo he estado evitando.
—Pues creo que no podrás evitarlo por mucho más.
Nora resopló. Cameron le cogió la mano.

—O si confías en mí, puedo hablar yo con él... Puedo prohibirle que se ponga el cinturón de herramientas hasta que vaya a la universidad.

—O hasta los treinta años —le sonrió Nora con fingida determinación.

—Siempre que tú le expliques a Lizzy que no puede vestirse con pantalones cortos y camiseta de tirantes para abrir la puerta a un desconocido.

Nora le sonrió mirando a la pequeña que intentaba quitar los trocitos de chocolate del cupcake. Era justo la ropa que llevaba la niña.

—Mejor le enseñaré a confiar en sí misma y a confiar en quien se muestre digno de tal confianza.

—Me parece bien —le respondió Cameron mirándola enamorado.

Nora le mantuvo la mirada. Era bonito amar y sentirse amada, pensó con una sonrisa. Y quizá también era momento de confiar en la vida y disfrutarla. Estaba dispuesta a ello, sin lugar a duda, suspiró.



Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio positivo en Amazon para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Sharon y Brett?

Seguro que te gusta.

Encuéntrala en este enlace: <https://amzn.to/2PUYx1v>

Otros libros de la autora

Un San Valentín para Hannah

Jason Davenport tiene que recuperarse del ataque al corazón que le ha hecho frenar en seco su ajetreado y apreciado ritmo de vida. Los médicos le recomiendan que se relaje, pero él no está dispuesto. Si no puede trabajar desde la oficina, lo hará desde casa, y para eso necesita un asistente personal, sin responsabilidades, que lo ayude.

Hannah Harris no se puede creer la suerte que tiene. Va a empezar a trabajar como asistente personal para el magnate de los negocios Jason Davenport. Recibirá un magnífico sueldo gracias al que podrá independizarse definitivamente... aunque su ataque al corazón le traiga dolorosos recuerdos

El pasado de ambos y el Día de San Valentín se interpondrá entre ellos obligándolos a enfrentarlo y a mirarse a los ojos.

¿Podrán sanar sus heridas y dejar al Amor, el espacio que se merece en sus vidas?

Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace: <https://amzn.to/2MUzw5x> y disfruta de unas de las bonitas historias de amor de Annabeth Berkley.

Tres novios por Navidad

Kelsey Barret necesita un tiempo para reflexionar. Su novio a distancia la ha dejado y su trabajo no le satisface. Decide volver al hogar de su familia, del que guarda tan buenos recuerdos, y pasar allí la Navidad.

Faye Barret responde a la llamada de su prima para reunirse en la vieja casa de la abuela. Espera que a sus hijos les guste tanto como a ella y puedan distraerse de la primera Navidad sin su padre.

Charlize Barret decide tomar todas las vacaciones que le debe la empresa para la que trabaja y disfrutar con sus primas en el hogar familiar. Necesita relajarse del estrés de la ciudad y desconectar una temporada de su ajustada agenda laboral.

Lo que empezó como un homenaje a los recuerdos del pasado, se convirtió en un impulso para un futuro inesperado.

Encuétralo en este enlace <https://amzn.to/2JBbqed> y disfruta del Amor y del ambiente navideño en cualquier época del año.

Todo comienza en San Valentín (Serie Edentown)

Ella es amor e ilusión. Él, fuerza y realismo. Ambos aprenderán a confiar en su intuición, aunque la razón les diga lo contrario.

Gwen Anderson es feliz en Edentown. Se acerca el día de San Valentín, que además de su cumpleaños, es su día preferido de todo el año. Disfruta de su trabajo en la floristería, y el amor se respira en el aire.

Hudson Hughes responde a la llamada de su socio y acepta hacerse cargo del único gimnasio de la cadena de centros deportivos que dirigen, donde el boxeo aún no se ha implantado como actividad frecuente.

Los prejuicios de Gwen hacia el boxeo y la desconfianza de él hacia el amor harán tambalear una relación que ninguno de los dos esperaba y de la que ninguno quiere escapar.

¿Lograran que el amor sea más fuerte que la resistencia al mismo?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace <https://amzn.to/38y0bgF> y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!